

Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

**Curtis
Garland**

Los pasos de los muertos



EDICIONES FORUM

**Curtis
Garland**

**Los pasos de los
muertos**

EDICIONES FORUM

1.ª edición: julio 1985

Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Curtis Garland

© Cubierta: Fujolar - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-162-3

Depósito Legal: M. 22.264-1985

Fotocomposición: T. G. S.

Luis Millet, 69. Esplugas (Barcelona)

Impresión: Gráficas FUTURA. Sdad. Coop. Ltda. Villafranca del Bierzo, 21-23.
Fuenlabrada (Madrid)

Printed in Spain - Impreso en España, julio 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.

Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

La puerta de la fonda se abrió bruscamente.

Entró un ramalazo de viento gélido, arrastrando llovizna fina y helada hasta las piernas de los que tomaban cerveza o *whisky* más próximos a la entrada, acodados en el pequeño mostrador donde la señora Saint John servía las consumiciones a sus clientes habitualmente.

—Maldita sea, al menos cierre la puerta quienquiera que sea y...

—comenzó el *constable* Cox, a punto de soltar un juramento cuando su abultada y roja nariz de buen bebedor sufrió la inclemencia del tiempo exterior.

Pero se detuvo a tiempo, contemplando perplejo a la persona que aparecía en el umbral de la fonda, con dos maletas a sus pies y expresión de aturdimiento en el rostro.

—Oh, perdone, señorita —se apresuró a murmurar en un balbuceo torpe, llevándose la mano a su gorra policial en señal de respeto—. No podía saber...

—Cox, a ver si tienes más cuidado con lo que dices —le reprendió Murray, el cartero, apresurándose a despojarse de su gorra a cuadros, para inclinar reverente su roja cabeza de erizados cabellos ante la dama de la puerta—. Esta señorita va a sacar muy mala impresión de la gente de Rosedale Abbey si oye hablar a personas como tú.

—No podía saber que fuese una dama quien entraba a estas horas en la fonda —se excusó azorado el policía local—. Pase, pase, señorita, por favor. La ayudaré a introducir su equipaje en la fonda.

—Gracias, son muy amables —murmuró ella con voz suave, adentrándose en la sala repleta de humo, en su mayoría de pipa, mientras el *constable* Cox cargaba con sus dos maletas, hasta llevarlas cerca del hogar donde crepitaban los leños acogedoramente—. Acabo de dejar el tren en la estación, y como no

he hallado carruaje alguno de alquiler...

—¿Carruaje de alquiler a estas horas y con semejante tiempo? —El cartero Murray meneó su pelirroja cabeza negativamente—. Es difícil, señorita. El viejo Travis es el único que conduce uno, y debe llevar más de tres horas acostado. Ese tren de la noche rara vez deja viajeros en Rosedale Abbey.

—Por favor, querida, entre y siéntese al fuego —rogó la señora Saint John, saliendo de detrás del mostrador solícita—. Debe venir aterida. Desde la estación hasta aquí hay casi media milla...

La llevó hasta el hogar, donde la acomodó en una butaca, llevándole luego una taza de té caliente, que la recién llegada agradeció con una sonrisa tímida.

Nelly Saint John, propietaria de la única fonda de Rosedale Abbey, contempló detenidamente a la viajera, mientras ésta consumía la humeante infusión con cierta complacencia.

Era una joven muy bonita, pensó la hostelera. Bonita y distinguida. No se parecía en nada a las residentes de la localidad. Tenía clase. Y un cierto aire de mundología, pese a su evidente timidez.

Vestía ropas sencillas pero cuidadas, un peinado gracioso y simple en sus cabellos oscuros y suaves, y sus grandes ojos castaños parecían contemplarlo todo con una mezcla de ingenuidad y desconcierto. La lluvia, fina y persistente, había empapado su pelo y su ligero abrigo de entretiem po, demasiado liviano para un clima con el del Yorkshire en pleno invierno que era muy crudo.

—Murray dijo la verdad —explicó la fondista a la desconocida—. Travis es muy viejo para andar a estas horas por ahí con su carruaje. Pero además, es que casi nadie viene por aquí en el tren nocturno de Londres, señorita. Y menos aún una dama sola, como en su caso. ¿Peco de indiscreta si le pregunto qué hace aquí con todo ese equipaje, sin que nadie haya acudido a recibirla a la estación como era lo natural?

—Vine inesperadamente. Nadie me esperaba aún —sonrió débilmente la joven.

—Entiendo. ¿Y está segura de que Rosedale Abbey es su punto de destino?

—Desde luego. ¿Por qué lo pregunta, señora? —Los ojos de la joven se fijaron en ella con destellos ambarinos al recibir la luz de

la chimenea.

—Oh, por nada —Nelly se encogió de hombros—. Simplemente, usted no encaja demasiado en un lugar como éste, señorita. ¿Va a alojarse aquí tal vez?

—Creo que no tendré otro remedio, al menos por esta noche. Vi el anuncio de la fonda al entrar en la calle, y me acerqué aquí para descansar y cenar algo caliente.

—¡Qué estupidez la mía! Claro que tendrá apetito. Ese tren sale demasiado pronto de Londres para que haya podido cenar. Tengo algunas cosas en la cocina que estoy segura que le gustarán. Primero le serviré un caldo. Luego, un poco de cordero con verduras y pastel de frambuesas, ¿le gusta?

—Sería demasiada comida —sonrió la recién llegada—. Probaré un poco, gracias. Luego me iré a dormir, si tiene habitación para esta noche.

—Si no la tuviera, dormiría conmigo, querida —suspiró la recia matrona con aire maternal—. Pero por desgracia, el negocio no marcha demasiado bien. Sobran habitaciones, se lo aseguro. Tendrá una dispuesta enseguida.

—Gracias. Es muy amable. Mañana podré seguir mi camino hacía mi nueva casa. Supongo que no distará mucho de aquí...

—Depende de adónde vaya. Este lugar es muy pequeño. Pero mucha gente reside fuera del pueblo, en fincas aisladas. ¿Adónde se dirige exactamente?

—A Cortland Manor —dijo ella.

Se hizo un silencio profundo en la sala destinada a cantina, vecina al comedor de la fonda. Los clientes de Nelly Saint John se miraron entre sí. Cox, el policía, boqueó sorprendido. La fondista no supo qué decir, quedándose con los brazos en jarras, la mirada fija en su cliente de aquella noche.

Fuera, el viento ululó, lanzando ráfagas de fina lluvia contra las vidrieras emplomadas de la fonda.

—Dios —musitó Nelly—. ¿Cortland Manor? ¿Qué se le ha perdido allí, hija?

La joven alzó de nuevo los ojos, devolviendo a la fondista la taza de té ya vacía. Su rostro reveló perplejidad.

—Soy la nueva señora Cortland —explicó—. La esposa de Jason Cortland.

Nelly abrió la boca, estupefacta. Alguien lanzó una imprecación a sus espaldas, e incluso un vaso de ginebra se cayó de una mano, rodando por el suelo de madera encerada, sin romperse.

—¡La señora Cortland! —repitió Nelly atónita—. Pero si él enviudó sólo hace tres meses...

—Lo sé —afirmó la forastera suavemente, alisando sobre su regazo la falda escocesa, con las palmas de sus manos.

—Y él... él no se ha movido de aquí en todo ese tiempo. Incluso está enfermo últimamente...

—También lo sé. Sin embargo, soy su esposa. La verdad es que ni siquiera le conozco lo más mínimo. Nunca le vi antes de ahora, salvo en una fotografía, como él a mí. Nos hemos casado por poderes, ¿comprende?

Nelly Saint John meneó la cabeza, aturdida, y confesó con voz apagada:

—No, no entiendo nada, señora. El señor Cortland ha enviudado ya *dos* veces en poco tiempo. No me imaginaba ni remotamente que pensara en casarse otra vez, y menos aún con una desconocida... Todos pensábamos aquí que su próxima mujer sería Margo Jones...

Se mordió el labio, como si hubiera hablado de más, y se alejó hacia la cocina con rapidez, murmurando algo sobre la cena caliente para la nueva huésped.

Ésta se quedó mirando a los clientes de Nelly, que la contemplaban curiosos, y todos se apresuraron a volver la cabeza discretamente, dejando de mirarla. La joven suspiró, meneando la cabeza con aire pensativo.

—Creo que empiezo a arrepentirme de haberme casado con Jason Cortland —musitó.

Se sentía algo menor. Sus mejillas estaban encendidas, sus ojos brillaban y los indicios de frío habían desaparecido de su rostro y de su cuerpo. Sobre un mueble, se secaba su empapado abrigo, mientras conservaba sobre sí la chaqueta de fina lana que formaba conjunto con su falda a cuadros y su blusa oscura.

Retiró de delante la bandeja con los alimentos, suspirando aliviada.

—He cenado muy bien —dijo—. Cocina usted de maravilla,

señora Saint John.

—Gracias, señora Cortland —sonrió la hostelera halagada—. Me alegra que se sienta ahora mejor. Cuando quiera, puede acostarse, ya tiene la habitación a punto.

—Iré enseguida —mantuvo sus ojos ambarinos fijos en ella—. ¿Puede hablarme algo más de mi marido?

—¿Qué quiere saber? —indagó Nelly, cautelosa.

—Todo lo que sepa. ¿Es realmente joven y guapo? En la foto lo parecía...

—Sí, es un hombre joven, arrogante y muy atractivo —suspiró Nelly inclinando su recia humanidad hacia la muchacha—. ¿Cómo se casó con él de ese modo?

—Es una historia muy corta. Un anuncio en el Times. Pedía una mujer para casarse con él por poderes. Sólo eso. Una persona libre, sin familia, dispuesta a cuidar de un hombre solo y algo enfermo, rico y sin parientes. Supongo que todo eso es cierto.

—Sí, lo es. Jason Cortland carece de toda familia. Nunca tuvo hijos. Y sus dos esposas murieron, ya se lo dije. La última, Glenda, hace sólo tres meses, a fines del pasado verano...

—Eso no lo decía en el anuncio, pero si explicaba que era viudo. Yo no tengo a nadie en el mundo, y tampoco tenía trabajo cuando leí el anuncio. Escribí, aceptando, aunque imaginé que habría otras muchas chicas que harían igual que yo y no sería la elegida. Me equivoqué. Una agencia me llamó, requiriéndome para que recibiese una fotografía del anunciante. Yo había enviado ya la mía, con mi *currículum* personal, y él me había elegido en principio. Yo vi cómo era él, me reafirmé en mi deseo de ser la futura esposa de aquel hombre, y recibí a cambio de la ceremonia con un individuo ocupando el lugar de Cortland, la suma de doscientas libras y las instrucciones del lugar al que tenía que dirigirme para reunirme con mi nuevo esposo. Creí que aquí todo el mundo sabría lo de su boda por poderes.

—Si alguien sabe eso, será el reverendo Medwin —suspiró Nelly—. Y ese hombre es cerrado como una tumba con los asuntos de su capilla. Ignoro quién ocuparía su puesto, señora Cortland. Tal vez su sobrina Sue. Pero nadie hemos sabido nada aquí.

—No se me decía cuándo debía emprender viaje, pero sí que debía avisar de ello por telegrama. En vez de hacerlo, me presenté

aquí de improviso, esperando dar una sorpresa a mi nuevo esposo.

—Una sorpresa, ¿eh? —La hostelera arrugó el ceño—. No le aconsejo que juegue demasiado a dar sorpresas a Jason Cortland, querida.

—¿Por qué no? —Se inquietó la joven.

—Bueno, su esposo es un hombre más bien raro, señora Cortland. Un carácter difícil y adusto. No creo que tenga mucho sentido del humor. Yo que usted no me sorprendería demasiado si su imprevista llegada le irrita considerablemente.

—Entiendo. Es una persona poco agradable, ¿no?

—Yo no diría tanto. Es guapo, sí. Joven, apuesto, elegante... pero raro. Complicado y poco comunicativo. Casi no se habla con nadie.

—Ha mencionado a dos esposas. Una se llamaba Glenda, ¿y la otra?

—Jennifer. Murió hace un par de años.

—¿Cómo eran ellas?

—Muy hermosas las dos. Distinguidas, elegantes. Como usted. Y ricas, además.

—¿Ricas? ¿Las dos?

—Eso es. Muy ricas. En ambos casos, él heredó a sus esposas. Su familia tuvo fortuna, pero la perdieron. Ahora, Jason Cortland ha recuperado esa fortuna con creces, gracias a las herencias de sus difuntas esposas.

—¿Cómo pudieron morir si eran jóvenes?

—Accidentes —dijo la hostelera. Pero su tono tenía una sequedad extraña.

—¿Qué clase de accidentes? —insistió la joven.

—Dejemos eso, querida —suspiró con repentina brusquedad la dueña de la fonda, poniéndose en pie con un bostezo—. Se hace tarde. Debe descansar. El viejo Travis vendrá a eso de las ocho a recogerla para llevarla a Cortland Manor. El *constable* Cox dijo que pasaría por su casa esta noche para dejarle el aviso.

La joven señora Cortland había arrugado el ceño, mirando con extrañeza a su interlocutora. Afirmó, mientras caminaba hacia la escalera a disgusto.

—¿Por qué no quiere hablarme de esos accidentes? —inquirió, parándose en el primer peldaño para volverse hacia la dueña de la

fonda—. ¿Qué les pasó a las otras señoras Cortland para que usted no me lo explique, señora Saint John?

—Es mejor que eso se lo explique su propio esposo, señora —terció una voz suave desde el fondo de la sala destinada a cantina—. A nadie nos gusta aquí, en Rosedale Abbey, hablar de esos accidentes... porque ni siquiera estamos ninguno seguro de que fuesen *realmente* accidentes.

La forastera se quedó mirando con asombro e inquietud al hombre joven, alto y atractivo que le daba esa respuesta en aquel momento, desde la puerta misma del establecimiento.

2

El carruaje recorría el páramo desolado y áspero, cercado de colinas y marjales. Bajo las ruedas, las desigualdades del triste terreno hacían brincar al vehículo tirado por dos caballos. Sobre sus cabezas, el cielo era hosco y plomizo, presagiando nuevas lluvias, y el viento agitaba chirriantes matojos de brezos a su paso.

—No es un paisaje realmente atractivo —comentó la joven señora Cortland, dirigiendo una mirada melancólica en derredor.

—No, no lo es —confirmó el joven sentado a su lado en el pescante, conduciendo el anticuado vehículo en aquel sombrío amanecer—. Nada es alegre ni acogedor en esta región, señora Cortland. Ya irá habituándose a ello, sin embargo. Al menos, esta parte de la comarca es menos peligrosa que la situada cerca de Cortland Manor.

—¿Menos peligrosa? ¿Qué quiere decir, señor Tristam?

—Bueno, aquello es zona pantanosa. Marjales, ya sabe. Es fácil hundirse en ellos para siempre, si no se conoce bien el camino.

—Dios mío... Pero eso es horrible...

—Los famosos pantanos del Yorkshire —sonrió el conductor del carruaje—. Aquí es como si no pasara nunca el tiempo. Ya ve: viajamos en un carruaje propio del siglo pasado y no del industrializado siglo xx. ¿Por qué? Porque los ruidosos automóviles de nuestros días son mucho menos adecuados para recorrer estos caminos que uno de estos vehículos de tracción animal.

—Creí que sería el viejo Travis quien me llevaría hoy a casa de mi marido...

—El pobre y anciano Travis... —sonrió el joven, volviendo hacia ella sus limpios y joviales ojos grises—. Cogió un buen resfriado anoche. Cox me lo contó cuando usted se había retirado a descansar. Y me dispuse a esperarla en mi propio coche a la puerta de la fonda.

—¿Por qué, señor Tristam? No nos conocemos de nada...

—En Rosedale Abbey nos gusta ser hospitalarios con los forasteros. Especialmente con las damas bonitas. Eso es todo.

Ella no dijo nada. Rodaron unos minutos en silencio a través del yermo. Una liebre corrió veloz ante ellos, brotando de unos matorrales parduzcos.

—Anoche usted dijo algo que me hizo conciliar muy tarde el sueño, señor Tristam —evocó ella—. Se refería a los accidentes de las señoras Cortland...

—Oh, eso —él se encogió de hombros—. No me haga demasiado caso. En los pueblos nos gustan las habladurías.

—¿Qué clase de habladurías?

—Todas —rió el joven de cabellos castaños rebeldes, expresión franca y jovial, y figura arrogante—. Especialmente las malévolas. Anoche había tomado dos copas de más, y me sentía locuaz hasta la imprudencia, eso es todo.

La joven señora Cortland le miró de soslayo. Había algo en el tono pretendidamente jovial y desenvuelto de su joven acompañante que parecía falso.

Era obvio que intentaba soslayar el tema, para rectificar su locuacidad de la noche anterior.

—A mí, de todos modos, me gustaría que me explicara usted lo sucedido en ambos casos. Ha logrado que me sienta inquieta, preocupada, y creo que es su deber quitarme esa idea de encima, puesto que usted me la provocó.

—Perdone. Tiene toda la razón —suspiró el atractivo caballero, volviéndose hacia ella mientras reducía ligeramente la marcha del vehículo por el terreno pedregoso—. Ya le dije que me llamo Roy Tristam y vivo aquí hace cosa de cuatro años, dedicado a escribir libros lejos del bullicio de las grandes ciudades. Mi editor londinense siempre se admira de que una persona como yo, que siempre gozó de las alegrías urbanas, haya podido adaptarse a la vida de un villorrio en pleno Yorkshire, pero lo cierto es que aquí me encuentro bien y tranquilo. Dado mi oficio de escritor, me dedico a observar a mis convecinos atentamente. Tuve una amistad inicial con Jason Cortland que pronto se truncó, porque él desconfía de todo el mundo y creyó ver en mí a un chismoso capaz de reflejar su propia vida en un libro. Le aseguro que no es así, pero él lo

pensó y nos distanciamos bastante. Por eso no me gustaría herirle con comadreo de pueblo, pero cualquiera en este lugar acabará contándole lo que yo insinué ayer en un momento de euforia por mi parte.

Preguntó Gillian:

—¿Y qué es ello, señor Tristam?

—Bueno, la policía local no es demasiado brillante. El *constable* Cox es un borrachín habitual, y el doctor Talbot, el médico local, que actúa como *coroner* en las encuestas oficiales, es vecino y amigo de Jason Cortland. Por eso, pese a los puntos oscuros que ofrecía el caso de ambas muertes por accidente, en las dos ocasiones se dio el veredicto de muerte accidental, sin más, y se archivó el asunto. A todos nos ha quedado, sin embargo, el recelo en el cuerpo. No podemos evitarlo.

—¿Recelo de qué?

—De que fuesen realmente accidentes. Se dieron tan rápidamente ambos, que hizo sospechar a todos. Y más al saber que en las dos ocasiones la esposa fallecida dejaba una cuantiosa herencia a Jason Cortland.

—Esa insinuación es horrible... —Se estremeció ella.

—Lo admito, y le pido disculpas por mis palabras, señora Cortland, pero no hablo solo por mí, sino por todo el pueblo. Anoche me sobresaltó un poco ver a una tercera esposa, joven y hermosa también, unirse a la lista de matrimonios de ese hombre.

—Sólo que yo no soy rica —sonrió con ironía la muchacha.

—Tal vez sea mejor así. Jennifer y Glenda fueron muy ricas las dos. Y ambas sufrieron accidentes mortales en Cortland Manor.

—¿Qué clase de accidentes?

—A Jennifer le cayó encima una cornisa de la mansión. Cierto que se comprobó que esa cornisa necesitaba reparación desde hacía tiempo, y que sólo un retraso, por parte de los albañiles locales, en la tarea de apuntalarla provocó su caída. Pero resultaba cuando menos extraño que fuese a caer justo sobre la cabeza de Jennifer Cortland cuando ella cruzaba el jardín un día de fuerte viento, causándole la muerte inmediata y fulminante por aplastamiento craneal.

—Dios mío... —Se estremeció la joven—. ¿Y... Glenda?

—Eso fue diferente. Un accidente infinitamente más espantoso:

se hundió en los pantanos.

—Oh, no... —Tembló la voz de la señora Cortland.

—Así fue. Al parecer, tuvo una fuerte disputa con su esposo aquel día, cuando el verano terminaba, un día lluvioso y triste como el de hoy. Salió de casa rápidamente, y al retrasarse su regreso se organizó su búsqueda con perros y expertos conocedores de la comarca. Sus pisadas fueron vistas cerca del pantano. Se dragó éste en lo posible, y el cadáver apareció en el fango dos días después de su desaparición.

»La infeliz, naturalmente, llevaba sin vida todo ese tiempo, sumergida en el lodo movedizo, no lejos de la orilla. Ayudó mucho a dar con ella un guante que se encontró sujeto a unos matojos de la orilla. La desdichada debió aferrarse a ellos desesperadamente, pero el guante resbaló de su mano a causa de la absorción del pantano, llevándola al fondo sin remedio.

»Pudo ser rescatado el cuerpo porque un pie había quedado atrapado en las raíces del matorral, a cosa de tres palmos bajo la superficie de barro succionante.

Inclinó la cabeza, demudada. Estaba empezando a gotear la lluvia levemente. Tristam hizo bajar el toldillo del pescante para protegerse del agua. Allá en la distancia, muy lejos aún, retumbó un apagado trueno.

—Se pone feo el día —suspiró Tristam, ante el silencio de ella—. Por fortuna, estamos llegando a Cortland Manor. Mire, ya se divisa allá al fondo.

Los ojos de la joven se fijaron en la distancia, sobre el fondo grisáceo de las nubes lluviosas y los marjales rodeados de espesura pantanosa. Se estremeció.

Cortland Manor era una típica mansión victoriana de dos plantas, con numerosas chimeneas sobre su tejado gris de pizarra. Aparecía rodeada de una alta verja que cercaba un jardín sombrío y amplio.

El lugar no le gustó.

A no mucha distancia de la casona, se veía en el páramo un edificio más pequeño a la derecha y otro algo mayor a la izquierda. Los señaló.

—¿Y esas dos casas? —quiso saber.

—De uno de los inquilinos, ya le hablé antes: el doctor Talbot

vive en la casa de la derecha. Y Hylda Ventham en la de la izquierda.

—¿Hylda Ventham? ¿Quién es?

—Una mujer muy pintoresca —sonrió enigmáticamente Roy Tristam—. Vive sola con varios gatos. Asegura poderse comunicar con los espíritus y los difuntos.

—¿Una espiritista?

—Algo así. No sé si es una chiflada o una farsante. Pero ella afirma a quién quiere oírla, que ésta es una comarca embrujada, que puede captar fácilmente la presencia de muertos que no descansan, deambulando por aquí en las noches oscuras, en busca de descanso y de paz... o tal vez de venganza por su muerte violenta.

La joven volvió a sentir un escalofrío.

Se aproximaban rápidamente a Cortland Manor. Ya eran visibles las ventanas acristaladas, los cortinajes espesos tras éstas, las pequeñas gárgolas sobresaliendo de una cornisa de piedra sobre el frente de la mansión. Imaginó a la primera señora Cortland, recibiendo sobre su cráneo uno de aquellos bloques, y un miedo instintivo la asaltó.

—Nunca debiste responder a aquel anuncio, Gillian —se dijo a sí misma mentalmente—. Nunca debiste convertirte en la esposa de un desconocido, por difícil que fuese tu situación económica...

Pero era tarde ya para volverse atrás. Era ahora, Gillian Cortland y no Gillian Sykes. La esposa de un hombre que enviudara dos veces en sospechosas circunstancias. Miró a su acompañante con cierta sensación de desvalida.

—¿Usted no va a entrar conmigo en la casa? —musitó.

—No, señora Cortland —negó él con un movimiento de cabeza, mirándola con profunda simpatía—. No sería bien visto allí, y menos trayéndola a usted en mi carruaje. La dejaré en la puerta de la mansión y llamaré a Edwards. Luego, me iré.

—¿Quién es Edwards?

—El mayordomo de su esposo, Edwards Jewel. Él y Sarah Hunter, cocinera y doncella en una sola pieza, forman el servicio de la casa hoy en día. Había otros dos criados, pero se despidieron tras la muerte de la última señora Cortland, y el viudo nunca renovó ese servicio.

El vehículo se detuvo ante la verja. Roy Tristam saltó ágilmente a tierra y descargó las maletas de Gillian Cortland, tirando luego de la campanilla de la entrada.

Esperó, hasta que un hombre alto, flaco, de largas patillas y rostro severo, asomó por la puerta principal de la casa, cruzando la senda de grava hacia la verja con paso rápido, protegido de la lluvia por un negro paraguas.

—¡Edwards, dejó aquí a la señora Cortland! —llamó el joven subiendo de nuevo a su carruaje. Desde el pescante, tendió su mano cordial a Gillian. Ella la estrechó—. Hasta otra, señora Cortland. Ha sido un placer conocerla.

Agradecida respondió:

—Gracias por traerme aquí. Espero verle en otra ocasión.

—No será fácil, si vive tan aislada aquí como las otras esposas de Jason —sonrió el joven escritor—. De todos modos, si algo necesitara de mí, no dude en acudir a verme. No será difícil dar conmigo en Rosedale Abbey. Si no me encuentra en la cantina de la señora Saint John, estaré en casa. Vivo justo frente a la fonda, en el edificio de ladrillos rojos, sobre la pequeña librería. Siempre me gusta tener una librería cerca. Deformación profesional, supongo. Adiós, señora Cortland.

—Hasta pronto, señor Tristam —respondió ella, agitando su mano cuando el carruaje partió hacia el páramo, de regreso al pueblo.

Se abrió la puerta de la verja en ese punto. También Edwards saludó con un ademán al joven novelista, volviéndose luego, entre respetuoso y sorprendido, hacia la joven forastera.

—Ni el señor Cortland ni yo la esperábamos aún, señora —dijo gravemente, inclinándose a tomar las maletas, mientras protegía a la recién llegada con su paraguas—. Esto ha sido una auténtica sorpresa.

—Lo supongo —afirmó la joven, siguiéndole hacia el interior de la casa—. ¿Está mi esposo levantado?

—Él siempre se levanta con el alba, señora.

—Como tenía entendido que está algo enfermo...

—Y lo está, señora. Pero jamás se queda en cama. Es demasiado fuerte para eso.

Entraron en la mansión. Tras la puerta, Gillian descubrió un

enorme vestíbulo con una gran araña de cristal en su centro, una escalera ascendente, alfombrada de color granate oscuro, cortinajes espesos en los muros, y una gran vidriera emplomada al fondo, sobre el primer rellano de la escalera. A ambos lados, puertas corredizas. En las paredes empapeladas, anacrónicos mecheros de gas con lámparas rosadas de vidrio tallado. Edwards observó su extrañeza al contemplarlos.

—Hasta hace poco, hubo luz de gas en esta comarca, señora —explicó—. Hace dos años, en 1936, se electrificó la zona, pero el señor nunca quiso quitar de ahí las luces de gas. Le gustaban mucho a la señora Cortland... A la primera señora Cortland, quiero decir —carraspeó el mayordomo discretamente, enmendando su error.

—Entiendo —asintió la joven, comprobando que había un teléfono sobre una repisa, así como captando el lejano sonido de un aparato de radio en alguna parte—. Creí que ciertos detalles de la civilización no existirían aún en este lugar, Edwards. Veo que me equivoqué.

El criado no comentó nada, limitándose a señalarle a ambos lados del vestíbulo, mientras iniciaba el ascenso de la escalera con su equipaje.

—A un lado está la biblioteca. Al otro, el acceso al ala de servicio, señora. Avisaré a Sarah para que se presente a usted. Si hubiéramos sabido de su llegada, hubiese ido con el coche a recibirla a la estación, y todo estaría aquí dispuesto para su llegada... El señor dijo que usted anunciaría su llegada a Rosedale Abbey.

—De pronto cambié de idea y adelanté el viaje. Deseaba hallarme aquí cuanto antes, Edwards.

—Comprendo, señora. Sígame, si desea ver al señor ahora mismo.

—Sí, Edwards, gracias. Estoy deseando conocerle. ¿Quién ocupó mi lugar en la boda de poderes?

—Sarah Hunter, señora. Así lo deseó el señor Cortland. Sue Medwin, la sobrina del reverendo, y yo mismo, hicimos de testigos.

Siguió el mayordomo sin preguntar más, aunque repentinamente curiosa por saber cómo era su representante en la ceremonia, la doncella y cocinera Sarah Hunter. Pero momentos después se olvidaba de todo eso cuando, abriendo una puerta en la planta alta,

tras golpear discretamente en ella con los nudillos, Edwards anunció a alguien que permanecía dentro:

—Señor, acaba de llegar la señora Cortland.

Siguió un profundo silencio. Nadie habló en la sala recién abierta. Gillian trató en vano de ver algo, pero Edwards y la puerta entreabierta le impedían descubrir al hombre que era ahora su esposo.

—Bien. Que pase —dijo una seca, fría voz, profunda y autoritaria.

Estaba temblorosa, excitada. Casi sintió miedo de repente, al apartarse Edwards respetuosamente, dejándola paso.

Avanzó unos pasos. Entró en la habitación.

Y se encontró ante Jason Cortland en persona. Ante su marido. Ante un hombre al que desconocía por completo.

—Buenos días... Jason —saludó débilmente, encarándose con la alta silueta recortada a contraluz sobre el ventanal que golpeaba ahora la fina lluvia matinal.

—Buenos días, Gillian —respondió aquella áspera voz grave—. Has venido sin avisar previamente. Te presentas aquí por sorpresa, sin nada preparado para recibirte.

—Es igual —musitó Gillian.

—No, no es igual —cortó él tajante—. Es un modo bastante malo de empezar nuestro matrimonio. Aquí las cosas se hacen como yo digo, no como decides tú.

Gillian se estremeció, desolada.

Ciertamente, era una manera pésima de empezar su nueva vida junto a Jason Cortland.

3

Era un hombre atractivo, sin duda alguna. Pero duro y frío como un trozo de pedernal.

Alto, vigoroso, atlético aunque enjuto, de largas piernas, calzadas con botas de montar de cuero negro y pantalón de jinete, cabello espeso y negro, ojos profundamente oscuros y penetrantes, facciones angulosas, tez curtida, boca prieta y dura, nariz levemente aguileña, manos grandes y nervudas. Ése era Jason Cortland. Un hombre de unos treinta y cuatro años, sobrio y altanero, guapo pero hosco.

Acababa de mostrarle toda la casa, desde las habitaciones hasta las caballerizas, donde varios caballos y algunos *poneys* formaban la cuadra personal de Cortland. Edwards cuidaba de ellos, a medias con su amo, desde que el mozo de cuadras abandonara su trabajo, meses atrás. Ahora regresaban a la casa para tomar un té y conversar. La comida, según les dijo Edwards, estaría a las doce en punto.

Todavía no había visto a la segunda componente del servicio de Cortland Manor, Sarah Hunter. Seguía intrigada por ella, preguntándose cómo sería. Pero el dueño de la casa no parecía tener prisa en presentársela.

—Entremos en la biblioteca —invitó al pisar el vestíbulo—. Tomaremos allí el té, si no te importa, claro.

—No, en absoluto —rechazó Gillian—. Sigue tus hábitos, Jason.

—Es lo que pienso hacer —replicó él con escasa ceremonia, sentándose bruscamente ante la chimenea encendida, en una confortable butaca tapizada de rojo oscuro.

Se cruzó de piernas, con expresión ceñuda, llenando de tabaco aromático una pipa, que encendió, fumando con fuertes chupadas. Gillian se sentó frente a él en silencio, utilizando un escabel tapizado.

—Ante todo, quiero que sepas algo —habló Jason con firmeza—. No vamos a hacer vida de matrimonio tú y yo, Gillian.

Ella sintió un frío extraño en todo su cuerpo. Si el principio había sido malo, esto no parecía presentarse mejor. No sentía ninguna atracción especial hacia aquel hombre, ningún sentimiento carnal o platónico. Pero la forma de exponer sus ideas resultaba cruda y hasta brutal.

Se sintió humillada.

—Creí que querías una esposa, no una empleada más —dijo secamente la joven.

—Sí, quería una esposa. Ya la tengo. Pero ni tú ni yo podemos amarnos ni sentirnos mutuamente atraídos, ¿no es cierto?

—Acepté ser tu esposa con todas las obligaciones que ello implica —dijo Gillian con sencillez—. Supongo que el afecto brotará con el tiempo, Jason.

—No —rechazó él—. Somos marido y mujer, porque estamos casados ante la ley. Y ante Dios también. Pero eso será todo. Insisto en ello.

—¿Por qué? ¿Tan horrible y poco atractiva te parezco?

—No es ése el caso —rehuyó él, seco—. Nuestra boda ha sido un acuerdo frío y calculado. Un anuncio, una respuesta, una elección, y nada más.

Gillian dijo con sarcasmo:

—Algo así como un empleo, ¿no?

—En efecto. Sólo que aquí eres ahora la señora de la casa, eres la señora Cortland a todos los efectos, y si algo me sucediera a mí, heredarías una fortuna superior a los dos millones de libras. La gente no tiene por qué saber en absoluto que vivimos sin contacto matrimonial. Arriba habrás visto una alcoba matrimonial que comunica con otra alcoba individual. Sólo Sarah sabrá que yo duermo en esta última y tú ocupas sola la de matrimonio, y eso porque es la encargada de hacer las habitaciones.

Afirmó disgustada:

—No me gusta que una criada sepa eso.

—Ella no dirá nada a nadie. Es discreta y callada. No se hable más.

—Tal vez tengo yo algo que decir sobre todo esto. No se me avisó de ello al aceptarme tras mi respuesta al anuncio.

—No había por qué. Te evito algo engorroso, como es hacer el amor con un extraño.

—Un extraño que es mi marido a todos los efectos.

—Sólo a efectos legales y oficiales.

Inquirió:

—¿Para qué necesitabas entonces una esposa?

—No estoy bien de salud últimamente.

—Pudiste contratar una enfermera.

—Detesto a las enfermeras.

—O a una secretaria, un ama de llaves... una señorita de compañía...

—No necesito secretarias. Sarah hace de ama de llaves también. Prefiero una esposa que me cuide. Y que me acompañe. ¿Alguna objeción más?

—Se me ocurren muchas. Pero es igual. No conducirían a nada.

—Exacto. A nada. Aquí sólo se hace mi voluntad. Pero a ti te respetará todo el mundo como quién eres, la señora Cortland. Creo que está todo hablado, ¿no?

—Eso parece —admitió tristemente Gillian, viendo entrar en ese momento a Edwards con los servicios para el té.

Margo Jones contempló largamente a Nelly Saint John antes de responder. Su voz sonó tensa. El rostro saludable de la bella dama, parecía algo pálido:

—¿La señora Cortland? —repitió—. ¿Es posible?

—Sí, Margo —afirmó la hostelera con energía—. Casada por poderes. Debe ser londinense. Ni siquiera conocía a su marido. Asombroso, ¿no?

—Empiezo a no sorprenderme demasiado por las cosas de Jason —manifestó la dama con tono algo seco. Era evidente que la noticia la había afectado—. Pero saber así, de repente, que se ha vuelto a casar... y además con una perfecta desconocida.

—Todos aquí pensábamos que usted sería la elegida, Margo. Nadie sale de su asombro por lo ocurrido.

Margo Jones se mordió el labio inferior. Su despecho era evidente, pero mantuvo con elegancia la frustración que pudiera invadirla.

—Sea como sea, eso ya no tiene remedio. Él era libre de elegir. Y lo ha hecho. Eso no va a alterar mi amistad hacia Jason ni un ápice, querida. Es posible que necesite aún más ayuda de la que imaginamos, pese a su extraña y precipitada boda por poderes.

—¿Se refiere a que puede estar demasiado enfermo para saber lo que hacía?

—No, no quería decir eso —protestó vivamente Margo Jones—. Pero sí que la última viudedad le ha conmovido tremendamente y aún no se ha repuesto de ello.

—Pues la compañía de esa joven no creo que le ayude mucho. Cuando se fue hoy de aquí, en el carruaje de Roy Tristam, parecía más asustada que otra cosa.

—¿Roy Tristam? —Margó enarcó las cejas—. ¿Qué pinta él en todo esto?

—Se ofreció a llevarla, al saber que Travis está algo enfermo. Después de todo, resulta natural su interés por la señora Cortland. Es un hombre joven, inquieto.

—Y ella debe ser hermosa, ¿no?

—Bastante —sonrió Nelly Saint John—. Es una joven muy atractiva y elegante.

Margo Jones no dijo nada. Sus ojos tenían un brillo peculiar. Acabó de elegir unas cintas de terciopelo del muestrario de la mercería local, y mientras se dirigía a la caja para pagar, dirigió un saludo de despedida a Nelly, que seguía sumida en la elección de unos botones.

—Hasta otro día, Nelly —saludó—. Y gracias por la información.

—Oh, de nada, Margo. Hubiera preferido darle mejores noticias.

—De eso, no tiene usted la culpa. Nadie la tiene. No me importa ser o no la esposa de Jason, sino estar segura de que se encuentra él bien y es dueño de sus actos.

Salió a la calle. Su coche, un Kissel Roadster de color blanco, modelo 1927, rodó por la calzada cuando se puso al volante. Nelly la vio alejarse a través de la vidriera del escaparate, antes de elegir definitivamente el juego de botones que deseaba. La dueña de la mercería no había permanecido ajena a la charla entre ambas, aunque fingiera estar ordenando las cajas de una estantería.

—Parece muy disgustada, ¿eh, Nelly? —comentó con ironía—. Ya debía creerse la futura señora Cortland...

—Había motivos para ello, ¿no? —Fue el comentario de la fondista—. Después de todo, era la mejor amiga de las dos señoras Cortland, una buena amiga de él... y le consoló tras su segunda viudedad durante estos meses, muy fielmente. Todos pensábamos que esa boda era sólo cosa de tiempo...

—Aún no debería perder sus esperanzas, querida —rió maliciosamente la tendera.

—¿Qué quiere decir? —arrugó el ceño Nelly Saint John.

—Oh, teniendo en cuenta lo fácilmente que enviuda Jason Cortland, todo es posible. Tal vez esa pobre chica no le dure tampoco mucho...

La hostelera puso un gesto repentinamente serio. Miró con reproche a la otra, mientras pagaba su adquisición.

—No diga esas cosas, amiga mía —la reprendió—. No tienen ninguna gracia. Esa joven me pareció tremendamente indefensa anoche. Pero ella no es rica, como eran las otras esposas. No creo que le ocurra nada, si lo que quiere sugerir usted es que el propio Cortland procura hacer todo lo posible por enviudar.

—Yo no he dicho tanto, Nelly —protestó la tendera—. Líbreme Dios de acusar de nada a Cortland. Después de todo, ese páramo está maldito, ¿no? Y dicen que Cortland Manor está embrujada...

—Bah, habladurías de supersticiosos, simplemente. No creo en esas cosas.

—¿Ah, no? ¿Y qué me dice de lo que muchos aseguran haber visto en plena noche en esa zona? ¿No es posible que las dos anteriores señora Cortland vaguen en realidad por los yermos, en las noches oscuras? ¿No pudieron ser los espectros quienes mataron a aquel forastero cerca del pantano?

—¿A Mel Potter? —Nelly se encogió de hombros—. No lo creo, la verdad. Aquél era un tipo raro. Sólo Dios sabe lo que pudo sucederle allí, y los motivos que tuviera para vagar por aquel sitio a tales horas.

—La señorita Ventham dice que invocó hace poco a su espíritu, y éste acudió. También ha contado que Mel Potter asegura haber sido muerto por seres que no eran de este mundo...

—Tonterías —rechazó Nelly, recogiendo su compra—. Buenos días, señorita Brent.

Y abandonó la mercería, alejándose a buen paso bajo la llovizna,

camino de su negocio.

Por fin, Gillian conoció a Sarah Hunter a la hora del almuerzo.

Fue la propia Sarah quien sirvió la mesa, ocupada por el matrimonio Cortland. Y la joven sintió de inmediato una instintiva antipatía hacia la cocinera y doncella de Cortland Manor.

Se trataba de una mujer joven y vigorosa, una auténtica moza de campo, saludable y fuerte. Tenía el cabello rubio natural, a rizos, ojos muy azules y una boca grande, de carnosos labios. Pero era vulgar, casi tosca. Tanto sus caderas, demasiado ampulosas, como sus grandes pechos, macizos y duros, y sus nalgas prominentes, carecían por completo de distinción a causa de lo exagerado de sus curvas.

La primera mirada que cruzó con Gillian, reveló cierta arrogancia y agresividad, impropias de una criada. Sirvió a ambos en silencio, pero la joven esposa notó que rozaba excesivamente sus formas con Jason, sin que él pareciera advertirlo, abstraído en sus pensamientos.

Cuando les dejó solos en la mesa, tras servir el primer plato, Gillian habló con cierta timidez al hombre sombrío sentado frente a ella, al otro lado de la mesa oval:

—¿Lleva mucho tiempo sirviendo aquí?

—¿Quién, Sarah? —El pareció salir de su abstracción con dificultad—. Oh, sí, bastante.

—¿Antes de tu primera boda quizá?

—Pues sí, un poco antes —asintió distraído Jason—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Parece moverse por aquí con mucha autoridad.

—La tiene. Es ama de llaves, doncella, cocinera y criada, todo en una pieza. No sé qué sería de esta casa sin ella.

—¿Es soltera?

—Supongo que sí —se encogió de hombros—. Nunca se lo he

preguntado. Pero si tuviera marido hubiese aparecido por aquí alguna vez, ¿no?

—Podría ser viuda.

—No, no lo creo. Era muy joven cuando entró aquí a servir. Debe tener sólo veintidós o veintitrés años. ¿Por qué te interesas tanto por ella?

—Voy a ser su patrona desde hoy, ¿no? Me gusta conocer a mis subordinados.

—Sí, claro —empezó a comer, abstraído de nuevo—. Guisa bien, ¿verdad?

—Muy bien —admitió Gillian de mala gana—. Debe ser muy eficiente en todo.

—Lo es. Mis dos esposas estaban muy contentas con ella. Sobre todo, Jennifer.

Comieron en silencio, sin que Gillian comentara nada más. Pero observó atentamente a Sarah cuando sirvió los restantes platos. Llevaba ropas demasiado ligeras. Y era obvio que no usaba sujetador. Sus pechos se marcaban en el tejido burdo de su vestido en toda su voluminosa arrogancia. Al inclinarse para servir, su tenue falda marcaba en exceso la rotundidad de sus nalgas. Y procuraba hacerlo siempre que Jason podía contemplarla.

Terminada la comida, su flamante esposo se justificó, diciendo que iba a dormir la siesta a su alcoba, como era costumbre desde que se encontraba indispuerto. Gillian optó por dirigirse al jardín.

Había dejado de llover, pero el cielo seguía nublado, y el suelo estaba blando y húmedo. Los setos brillaban como pintados.

La voz la interrumpió cuando estaba comprobando el buen estado de un macizo de flores, no lejos de la entrada a la casa:

—Buenas tardes, querida. ¿Es usted la nueva señora Cortland?

Giró la cabeza. Una mujer estrafalaria asomaba tras la verja de la mansión. Era pelirroja, pecosa y desgarrada. Tendría unos cincuenta años escasos, llevaba un paraguas color amarillo y lucía un conjunto estridente, a base de verde y naranja.

—Sí —afirmó—. ¿Es usted vecina nuestra acaso, señora?

—Señorita —rectificó la otra suavemente, mostrando una dentadura caballuna al reír—. Señorita, a Dios gracias. El matrimonio no va conmigo, querida. Me llamo Hylda Ventham y vivo ahí al lado. He oído decir que llegó usted hoy mismo...

—Así es. Mi nombre es Gillian. Vengo de Londres. Me encanta conocerla, señorita Ventham.

—No, no. Nada de protocolos, amiga mía. Sólo Hylda. Vamos a ser amigas, ¿no?

—Eso espero —sonrió Gillian—. ¿Quiere entrar?

—No, no gracias. Otra vez será. Tengo cosas que hacer en casa. Me acerqué solo para conocerla, cuando la vi entre los setos. Cuando quiera puede venir a verme. La invitaré encantada a un té con pastas. Y charlaremos de cosas interesantes.

—Le aseguro que iré con mucho placer. Aquí no conozco a nadie.

—Tanto mejor, querida. Es un lugar lleno de comadres y de chismosas. No se fíe de nadie. Les encanta meterse en las vidas ajenas, porque es su única diversión. Ya me dirá usted qué pueden hacer en un sitio donde todas las atracciones locales se reducen a las ruinas de la vieja abadía que da nombre al pueblo, el páramo y los pantanos.

—En todos los sitios pequeños ocurre igual —sonrió la joven condescendiente.

—Es posible. Pero yo vivo aquí, y debo soportarles a ellos. ¿Sabe lo que dicen de mí las malas lenguas? Que estoy chiflada de remate. ¡Yo, chiflada! Y todo porque ellas no ven más allá de sus narices, y yo puedo ver cosas que jamás imaginarían esas mentes rutinarias y vulgares. Cosas que pondrían la piel de gallina a cualquier persona sensible. Cuídese, querida. Éste es un mal sitio para una joven como usted, que me parece extremadamente delicada e inteligente.

—¿Mal sitio? ¿Por qué?

—Flota en el ambiente, querida —musitó con voz repentinamente misteriosa la estrafalaria dama, haciendo un ademán con su brazo—. Es algo malsano y siniestro que nos rodea, que nos acecha. Algo que no es de este mundo...

Aprensiva, Gillian miró en torno, recordando lo que dijera de aquella mujer su joven amigo Roy Tristam.

—La verdad, yo no noto nada —confesó, algo insegura.

—Ojalá sea siempre así. Pero tenga cuidado con la noche, Gillian, amiga mía.

—¿La *noche*? —repitió la joven, inquieta.

—Sí. En ella se liberan las fuerzas del Mal. Poderes oscuros

dominan a los humanos. Los pasos de los muertos resuenan en el silencio, en la oscuridad... acercando a los entes malignos a nosotros. Guárdese de todo ello. Ellas no pudieron hacerlo.

—¿Ellas?

—Jennifer y Glenda Cortland... Murieron en la noche. Ahora, sus almas vagan por el páramo buscando la paz. O tal vez la venganza...

—¿Venganza de qué? ¿De quién? Creo que murieron en accidente...

—Accidente... —La vecina hizo un gesto ambiguo—. Tal vez... Pero ellas siguen *ahí*... Sus pasos sueñan en la noche, cerca de nosotros... Por algo será, amiga mía... Por algo será...

Y se alejó a saltitos, agitando su mano en gestos de despedida, camino de la casita cercana que se elevaba en el yermo. Gillian no pudo por menos de temblar levemente, pese al aspecto ridículo de aquella damisela.

Miró en derredor. De repente, los setos parecían muros amenazadores rodeándola. Las nubes eran de un gris plomizo que daba tonalidades tenebrosas a la tarde. Se estremeció levemente, dirigiéndose hacia la casa cuando comenzaba a lloviznar de nuevo. Tronó en la distancia con bastante fuerza.

Momentos después, el agua caía a raudales en súbito aguacero, mientras ella cerraba tras de sí la puerta de la casa. Un fulgor penetró por las vidrieras. El estampido del trueno lo conmovió todo.

Gillian subió a la carrera al piso alto, para meterse en su dormitorio. Pero antes, quiso comprobar si su esposo, aquel desconocido y huraño caballero llamado Jason Cortland, dormía en su propia alcoba individual.

Abrió la puerta suavemente, sin ruido, y asomó la cabeza.

Lanzó un grito ronco de sobresalto, retrocediendo de inmediato. Pero ya era tarde. Ellos habían notado su presencia allí.

Entre las sábanas emergieron los pechos desnudos de Sarah Hunter, junto al torso atlético de Jason Cortland. Los dos quedaron mirándola, sorprendidos y furiosos.

—¡Fuera de aquí, maldita seas! —rugió Cortland con voz tonante.

Gillian salió a todo correr, rompiendo en sollozos.

La noche había caído sobre el páramo y se cubrió de sombras.

Era una noche particularmente desapacible. Llovía con fuerza aún, tronaba regularmente, y el viento había ido a sumarse a la ira de los elementos, silbando amenazador en torno a las paredes de la vieja casa victoriana.

El silencio en el comedor durante la cena era tenso. Sarah Hunter sirvió las viandas sin despegar los labios. Ahora llevaba un vestido negro con delantal y cofia blancos. No hizo ningún movimiento procaz. No miró una sola vez a Gillian.

—Supongo que eso dura hace tiempo —fue lo primero que dijo ella, una vez solos.

Jason asintió en silencio, tomando una cucharada de sopa.

—¿Por qué no te casaste con ella? —le preguntó.

—Es sólo una criada —dijo secamente Cortland sin mirarla.

—¿Sólo eso? —La ironía afloró a la voz de la joven—. No me lo pareció.

—Basta de sarcasmos —silabeó él, alzando la cabeza y clavando en ella sus negros ojos centelleantes—. Las cosas son así. Si las quieres, bien. Si no, lárgate. Ya te dije que no vamos a tener relación alguna matrimonial. El sexo es cosa mía.

—Resulta humillante saberse suplantada por una criada.

—Ellas nunca dijeron eso.

—¿Ellas? ¿Esto existía ya en vida de ambas? —Ante su asentimiento, dejó de comer, inclinándose hacia él—. Eres un miserable, Jason.

—Posiblemente —se encogió de hombros—. Es mi modo de ser. Hago mi voluntad.

—¿También tu boda con cada una de ellas fue una especie de pacto amistoso?

—No. Fueron dos bodas normales. En las dos ocasiones pensé

terminar con Sarah. No pudo ser. Ellas quisieron mandar aquí, ser las dueñas de mi voluntad. No lo toleré. Ambas eran demasiado ricas y mimadas. Querían un juguete, no un esposo. Gozaban con la idea de hacerme suyo y manipularme a su antojo. En cierto modo, pensaban que me habían comprado.

—¿Y era cierto?

—En cierto modo, sí. Me casé con ellas por su dinero, lo admito. No quise a ninguna de las dos, Gillian. Me había propuesto volver a ser rico. Y lo soy. Sólo que por esa razón no iba a ser su juguete. Les demostré que podía ser su amo. Y siempre hice mi voluntad.

—Eres rico porque ellas murieron, no porque te casaras simplemente. En eso tuviste mucha suerte, Jason.

—Tal vez —sonrió duramente. Era una sonrisa agradable, pensó Gillian. Pero cruel—. ¿Por qué no dices lo que te habrá contado Roy Tristram o cualquiera en el pueblo? ¿Por qué no me preguntas si yo las maté?

La miraba con fijeza, endurecido el rostro.

Gillian tembló de pies a cabeza. Temía la respuesta si se atrevía a hacer tal pregunta.

—No pensaba eso —suavizó su tono—. Sólo que me molesta tu relación con esa criada.

—Ya te dije que puedes marcharte. Anularemos el matrimonio, es cosa fácil.

—No me doy por vencida tan fácilmente —dijo Gillian con obstinación, apretando los labios firmemente—. Por algo soy hija de escoceses. Acostumbro a ser bastante tozuda.

—¿Qué pretendes? ¿Enamorarme acaso? —sonrió irónico Cortland.

—Primero tendría que enamorarme yo de ti, en todo caso. Y eso no va a ser fácil, estoy segura de ello.

—¿Entonces...? —las cejas negras y bien dibujadas de Cortland se arquearon.

—Seguiré aquí, a tu lado. Dijiste que necesitas que alguien te cuide. Bien. Yo lo haré. Tengo obligaciones que cumplir por el hecho de haberme casado contigo. Aunque tú no cumplas las tuyas.

—Como quieras —él se encogió de hombros—. No esperes que te lo agradezca.

—No hay por qué agradecer nada. Ya te dije que era mi

obligación de esposa.

Él asintió, sin pronunciar palabra.

Terminaron la cena en silencio. Cortland se incorporó. Miró ceñudo a la vidriera por la que corría el agua copiosamente.

—Voy a dormir —dijo secamente—. No te preocupes, no habrá nadie conmigo esta noche.

—No me preocupo —aseguró ella fríamente, doblando su servilleta—. Buenas noches, Jason. Si necesitas algo, no dudes en llamarme. Tengo el sueño ligero.

—Lo haré —afirmó él gravemente—. alguna noche suelo encontrarme mal. Tengo mis medicinas en la mesilla. Si sufro alguna crisis, adminístrame las tabletas amarillas. Son las indicadas para esos casos.

—Lo recordaré —le vio caminar, erguido y distante, hacia la salida del sombrío comedor—. ¿Qué dolencia tienes exactamente, Jason?

—No lo sé —dijo él sin volverse—. Según el doctor Talbot, es cosa psíquica, algo nervioso que me afecta cerebralmente. Podría ser un tumor, aunque él dice que no.

—¿Por qué no sales de dudas? Puede verte un especialista...

—No quiero especialistas. No quiero a nadie. Talbot es buen médico. Me basta con él. Tal vez sea cierto que los muertos se vengan de los vivos. Esto me dura desde que murió Jennifer, hace poco más de dos años...

Salió, sin añadir más. En ese preciso momento, restalló fuera un relámpago, un formidable trueno sacudió la casa, y se apagaron todas las luces.

En alguna parte, en la oscuridad, fue audible una larga, siniestra carcajada, agria y burlona, que pareció flotar en las tinieblas.

Gillian se estremeció, volviéndose hacia el ventanal del comedor, donde volvía a fulgurar la luz cárdena de un relámpago.

Un alarido escapó de labios de la muchacha, mezclándose con el bramido del trueno haciendo vibrar las vidrieras chorreantes de lluvia.

Desde el ventanal, a través de los mojados cristales, la contemplaba una calavera flotando en la noche tempestuosa, sobre lo que parecían jirones de ropas sobre un cuerpo espectral.

Gillian se desplomó en el suelo de modo fulminante cuando

Jason Cortland se volvía atraído por su grito de terror.

—No hay nada, ya lo ves. Debiste sufrir una alucinación, Gillian.

La joven tembló, mirando sobrecogida a la oscuridad del jardín, a la cortina de lluvia y al sendero de grava que discurría ante la ventana del comedor. La luz de la potente linterna lo alumbraba todo en medio del aguacero.

Ciertamente, allí no había nadie ahora. Ni rastro de la calavera viviente que le causara tan profundo horror minutos antes.

Jason cerró las vidrieras y aseguró las contraventanas, corriendo luego el cortinaje. Edwards sostenía un candelabro con tres velas encendidas, y Sarah acababa de aparecer portando un quinqué de petróleo para combatir las tinieblas del apagón.

—Vamos, Gillian, te llevaré a tus habitaciones —se ofreció cortésmente su marido—. Creo que la tormenta y el apagón te han alterado un poco los nervios. Tal vez también he tenido yo parte de culpa por portarme demasiado rudo contigo.

Tomó de manos de Sarah el quinqué, sin cruzar una sola mirada con ella, y caminó hacia la escalera, llevando del brazo a Gillian, que se movía despacio.

—No es nada, Jason —dijo ella con energía—. Ya estoy bien. Fue un momento de debilidad por mi parte. Estoy segura de que vi un cráneo humano allá fuera bajo la lluvia.

—Pero eso es absurdo —objetó él, mirándola sin dejar de caminar.

—Lo sé. Absurdo, pero ocurrió. Estaba allí, pegado al vidrio. Era una calavera sobre ropas desgarradas, sucias de fango... Creo... creo que llevaba una bufanda verde al cuello. Y una especie de abrigo o chaquetón a cuadros oscuros... todo muy viejo y gastado, muy sucio...

—Dios mío —la voz de él sonó ronca—. *Glenda...*

—¿Qué has dicho? —preguntó vivamente la joven.

—No, nada —él tragó saliva. La luz del quinqué daba a sus facciones una dureza aún mayor, y daba un brillo helado a sus oscuros ojos—. Glenda llevaba esas prendas encima cuando la hallamos en el pantano...

Gillian dominó un estremecimiento. Miró las sombras enormes

que el quinqué proyectaba en los muros a su paso. La figura de Jason Cortland tenía algo de sobrecogedora al dibujarse en la pared.

—Los pasos de los muertos... —recitó la joven entre dientes.

—¿Cómo? —indagó él, brusco.

—Algo que dijo tu vecina... la señorita Ventham. Los pasos de los muertos acercan a los entes malignos a nosotros...

—Esa vieja chiflada... No debiste escucharla siquiera, está loca de remate.

—Jason, tengo miedo. Yo vi esa calavera realmente, podría jurarlo.

—Tal vez algún maldito bromista, no sé. Hablaré mañana de eso con el *constable* Cox. Ahora trata de descansar, no ocurre nada. Nadie va a entrar aquí a asustarte, te lo garantizo. Guardo un buen revólver en mi cajón. Velaré esta noche, por si acaso.

—¿De qué sirve un revólver contra los muertos, Jason? —preguntó ella.

—No digas tonterías. Los muertos están dónde están. En el cementerio, en sus tumbas. Ellas reposan aquí, en el cementerio familiar de Cortland Manor. Pero de allí no pueden moverse, eso seguro. Ningún difunto puede salir de donde reposa...

En ese instante, la luz volvió a encenderse en toda la casa. Cortland respiró con alivio y apagó el quinqué, conduciendo a Gillian hacia arriba.

—¿Lo ves? —dijo—. Ya está todo en orden. La tormenta nos jugó a todos una mala pasada, eso es todo.

No. Gillian sabía que eso *no* era todo. Y estaba segura, por el tono empleado por Jason, que él también lo sabía.

Tal vez él mejor que nadie...

Le era difícil dormir. Muy difícil.

Abatidos sus nervios, había logrado conciliar el sueño apenas se acostó, pero debió despertar cuando apenas había transcurrido media hora. Y ya no le era fácil reanudar ese sueño.

La calavera venía una y otra vez a su mente con sobrecogedora impresión. Había oído hablar de apariciones y espectros, pero jamás había visto nada parecido en toda su vida. La imagen de aquel cráneo descarnado, de hueso blanquecino, de vacías cuencas que parecían fijar en ella unos ojos inexistentes, se repetía una y otra vez en su memoria.

Estaba segura de haber visto esa horrible figura de ultratumba, deambulando por el jardín bajo la lluvia, pegada su faz siniestra a la vidriera, justo frente a ella. Jason rechazaba tal cosa tajantemente. Pero Gillian había llegado a percibir en su tono una sombra de indecisión, de duda, que no era corriente en el duro y hosco señor de Cortland Manor. Tal vez él también sabía que aquella visión dantesca fue real, aunque insistiera en sus negativas.

Fuera como fuese, a la joven esposa le era imposible volver a dormirse. Daba vueltas y más vueltas en la cama. Su cuerpo virginal estaba húmedo de transpiración y sentía arder su frente. Tal vez era fiebre, pensó. O la impresión tremenda de lo sucedido durante el extraño apagón.

De pronto, se puso rígida en el lecho. Había oído un jadeo ronco, cercano. Algo así como un murmullo agónico, un estertor acaso. La sangre se heló en sus venas, la leve película de sudor se tornó repentinamente fría en su epidermis sedosa.

—Dios... ¿qué es eso? —musitó angustiada, sintiendo una rara opresión sobre su pecho y sienes.

El jadeo se repetía. Parecía venir de la pared, frente a ella, al otro lado del suntuoso lecho matrimonial donde jamás dormía

Jason Cortland, su marido ante Dios y ante los hombres.

Se irguió valerosamente, luchando contra sus propias aprensiones. Miró aquella pared recubierta de adamascado rojo oscuro sobre el que destacaba el dorado de los marcos.

Tembló de pies a cabeza.

El jadeo, de repente, se había convertido en gemido ronco, apagado, que se prolongaba como en un trance agónico. Saltó decidida del lecho. Se echó encima su bata y caminó cautelosa hacia aquella pared.

De pronto, comprendió. Respiró con cierto alivio, mientras a su oído llegaban esos gemidos convertidos en palabras pronunciadas por una voz bronca, estremecida:

—No, no... Vete, Jennifer... ¡Vete!... Y tú, Glenda... Iros las dos... Os odio... ¡Os odio, siempre os he odiado, malditas! Marchaos... dejadme en paz... No, no me miréis así... ¡No me miréis...!

Demudada, pegada al muro, escuchaba esas palabras proferidas por Jason en la alcoba vecina, la suya. Parecía sufrir una pesadilla. Una horrible pesadilla, en la que sus dos esposas aparecían para acusarle de algo...

—Las odiaba... —susurró Gillian trémula—. Las odiaba... y eran sus esposas, Dios mío. ¿Qué es lo que ocurrió realmente aquí, qué misterio encierra todo esto, qué horrores oculta ese hombre bajo su apariencia ruda y hermética?

Le oyó gritar de repente.

Fue un grito seco, áspero, desgarrado. Pero breve. Y crujió con violencia su lecho.

Gillian alargó un brazo, sintiendo palpar con fuerza su corazón. Pensó en girar el pomo de la puerta de comunicación y tratar de ayudarle. Era su deber como esposa. Pero recordó que esa puerta estaba cerrada por el otro lado. Retiró la mano estremecida.

Él se había puesto en pie. Paseaba por la estancia. Sus pisadas eran sordas, pesadas. Gillian oyó que se encaminaban a la puerta del pasillo. Giró una llave, chirriaron unas bisagras. Las pisadas se alejaron por el alfombrado corredor de la planta alta de Cortland Manor.

Gillian había reunido fuerzas para cualquier cosa. Estaba decidida a descubrir el misterio de aquel hombre que ahora era su

esposo, aunque vivieran como dos extraños.

Abrió a su vez la puerta de la alcoba. Se asomó al pasillo. La macilenta luz de una lámpara encendida toda la noche al fondo del mismo, junto al hueco de la gran escalera, le reveló la impresionante figura de Jason, envuelta en una amplia prenda oscura que flotaba en torno a sus largas piernas, camino de los escalones.

Vaciló, insegura. Tal vez bajaba a reunirse de nuevo con Sarah, la criada con la que mantenía relaciones desde hacía años, desde su primera boda con Jennifer, incluso. No quería asistir a más escenas humillantes. Pensó en volver a su alcoba y tratar de dormir. Después de todo, él había sido tajante: era el dueño de la casa, no toleraba otra autoridad que la suya propia. Si lo quería así, podía tomarlo. Si no, la permitía rescatar su libertad y dejarle solo.

Se decidió. Partió tras él. Sus chinelas de raso apenas si producían ruido en el alfombrado suelo. Siguió a Jason a prudencial distancia. No bajó la escalera hasta que él estuvo abajo, cruzando el vestíbulo.

Iba hacia la puerta de salida. Con paso firme, erguido, rígido incluso. Ni una sola vez giró la cabeza o miró en torno suyo. Parecía en trance, movido por una influencia superior a su propia persona, a su firme voluntad.

Aunque el frío de la noche hacía temblar su carne, Gillian siguió adelante tras de él. Se abrió la puerta de la casa con leve ruido. Una ráfaga de aire frío y húmedo formó corriente en el pasillo. La joven cruzó sus brazos sobre el cuerpo, aterida.

—Ha salido... —musitó—. ¿Para qué? ¿Adónde va a estas horas?

Abajo, el carillón de un viejo reloj de pie en el salón biblioteca, desgranó dos sonoras campanadas.

—Las dos —pensó ella—. Plena madrugada. Y él se va fuera, bajo la lluvia y el frío... ¿Qué es lo que le pasa?

Sólo había un modo de intentar averiguarlo: seguir a Jason adonde fuese a tan intempestivas horas. Gillian lo hizo sin vacilar, dispuesta a todo.

Cuando asomó al oscuro jardín, le costó verle.

La hojarasca dejaba gotear lluvia depositada en sus arbustos. Había cesado de caer agua. Pero la temperatura era fría y el aire molesto. Agitó sus tenues ropas, llevando un escalofrío a su cuerpo

aterido. No fue suficiente para frenar sus impulsos. Salió en pos de Jason, dejando entreabierta la puerta principal de la mansión.

Le vio doblar la esquina del caserón de rojos ladrillos y piedra gris, allá a su izquierda. Caminó tras él sobre la grava húmeda, encharcada a ratos. Los bordes de su bata de raso azul se mojaron al rozar el suelo.

Cuando alcanzó la esquina, pudo ver borrosamente la silueta imponente y oscura de Jason, recortándose contra unos arbustos en la parte posterior de la casa. Seguía moviéndose sin girar la cabeza una sola vez, como si no pudiera pensar ni remotamente en que era seguido por alguien.

La caminata duró varios minutos. Jason se alejaba de la casa a través del espeso bosque de atrás, que convertía los jardines de Cortland Manor casi en un auténtico bosque. Gillian supo que estarían ya cerca de las verjas que delimitaban la propiedad. Recordó que aquel lado de la casa, el posterior, conducía directamente a los pantanos mencionados por Roy Tristam.

La idea la hizo estremecer.

Pero Jason no llegó tan lejos en su caminata nocturna. Repentinamente, giró a su derecha, hundiéndose tras unos altos setos que bordeaban la parte más frondosa del bosquecillo. Por unos momentos, le perdió de vista.

Gillian aceleró su marcha, procurando no hacer ruido. Pese a ello, una rama desgarró su bata de raso sobre el pecho, y el frío hirió sus senos a través del corte.

Cuando llegó al seto y lo rodeó, tuvo la respuesta sobre el punto de destino de su marido en aquella expedición de madrugada tan enigmática. Una respuesta que la llenó de zozobra. Un punto de destino que casi erizó sus cabellos.

El cementerio.

Aquel lugar, sin duda, era el cementerio familiar, el camposanto privado de los Cortland, dentro de los límites de la propiedad.

Había mucha costumbre entre las viejas familias británicas de sepultar a sus muertos en tierra propia y no en cementerios públicos. Antiguos privilegios feudales, sin duda, aún vigentes al parecer en ciertas regiones de Inglaterra en pleno 1938.

Era un cementerio poco lúgubre, eso sí. No había cipreses ni tumbas numerosas. Sólo un recinto cuadrangular, rodeado de setos

altos y bien cuidados, en cuyo interior se alzaban unas pocas lápidas sobre los montones de tierra que cubrían a los miembros de la familia ya fallecidos.

Jason encendió una lámpara que tal vez se conservaba en algún punto del camposanto. Su claridad anaranjada prestó un resplandor fantasmal al lugar y a la escena. La alta sombra del dueño de la casa pareció agigantarse entre las blancas manchas de piedra o mármol de las lápidas funerarias. El viento agitó la llama dentro del fanal, porque éste era de aceite o de petróleo, no eléctrico. Portando en una mano aquella difusa luz, Cortland se movió por entre las tumbas con su habitual arrogancia.

Gillian, cautelosa, pegada a los setos, se aproximó lo más posible a su esposo, sin dejarse ver. Sus ojos contemplaron una de las lápidas, bañada por la luz espectral. No pudo evitar un nuevo escalofrío, y no a causa de la inclemencia de la noche precisamente.

El nombre y fecha sobre aquella lápida era bien visibles para ella a tan corta distancia:

JENNIFER CORTLAND
19 de noviembre de 1936
Descanse en paz.

Él estaba contemplando la tumba. Trató de ver ternura o algo humano en su rostro, crudamente alumbrado por la llama. No le fue posible. El gesto huraño de Jason Cortland era el de siempre. Los ojos oscuros y fríos que se clavaban en la lápida, sólo reflejaban odio y crueldad.

—No saldrás de ahí, maldita —susurró roncamente—. ¡Nunca saldrás de tu tumba, mala pécora!

La joven tragó saliva, sintiendo un nudo de terror en la garganta. No podía concebir el odio llevado hasta tales extremos, hasta más allá de la tumba. Después de todo, Jennifer había sido su esposa, le dejó de herencia una fortuna. Y, sobre todo, ahora estaba muerta. No merecía esas palabras.

Él se movió hacia otra tumba vecina.

Arriesgándose en exceso a ser vista, Gillian se desplazó un poco más, hasta que alcanzó la tumba de Jennifer Cortland. Sólo la

lápida vertical donde aparecía inscrito el nombre de la difunta la protegía de la mirada centelleante y perversa de Jason, que ahora alzaba la lámpara sobre otra tumba vecina. También, pudo ver la joven el nombre en aquella lápida.

GLENDIA CORTLAND
13 de septiembre de 1938
En memoria suya.

Ahora, los ojos de Jason reflejaban una cólera casi inhumana. Ardían como carbones encendidos, en un rostro sombrío y terrible, que miraba a la tumba con rabia infinita. Su pie pisoteó la tierra bajo la losa, en los bordes de la sepultura, mientras jadeaba con voz tensa:

—Y tú, perra... ¡Tú, Glenda, odiosa mujer, arde en los infiernos, pero no vuelvas para atormentarnos a todos! ¡Sigue pudriéndote bajo esa tierra por los siglos de los siglos! ¡No me das miedo!

Se agachó, tomando algo del suelo, mientras dejaba la lámpara encima de la lápida. Demudada, Gillian observó que era una pala manchada de tierra, con la que se dispuso a golpear brutalmente la tumba, a martillar la piedra, alzándola por encima de su cabeza con expresión de odio infinito.

La joven, despavorida, no pudo evitar esta vez un grito de profundo horror ante la sacrílega acción que Jason iba a emprender con el sepulcro de su segunda mujer.

Jason giró vivamente la cabeza. Sus ojos ardientes de odio se clavaron en ella. Su alarido pareció conmoverle profundamente y vaciló sobre sus pies sorprendido.

—¡Tú! —rugió—. ¿Qué haces aquí? ¡Siempre espiándome, perra! ¡Ven aquí, pronto! ¡Ven, o yo te arrastraré hasta estas tumbas!

Y se precipitó hacia su esposa, enarbolando aquella pala con fuerza.

La muchacha, con otro grito de terror, echó a correr desesperadamente, alejándose del cementerio. Jason corría tras ella, haciendo crujir ásperamente la tierra húmeda y los matorrales con sus recias pisadas.

Era tal el pavor y angustia de Gillian en ese momento, que

tropezó con unas raíces cruzadas en el camino sin poderlo evitar. Perdió el equilibrio y cayó de bruces.

Giró la cabeza, viendo con horror cómo Jason se acercaba a ella, siempre con la pala sobre su cabeza, como dispuesto a golpearla con ella brutalmente. El rostro de su marido estaba convulso, demudado, descompuesto por la rabia y el odio.

Intentó incorporarse en vano. Las raíces se habían enganchado de su pie y de una chinela, impidiéndola ponerse en pie y seguir huyendo. Con un gemido, cayó de nuevo, cuando ya Jason la daba alcance hecho una furia.

Miró la temible pala en sus manos, la expresión colérica del hombre, cuando éste se irguió ante ella, amenazador.

Le vio alzar la pala con manos crispadas sobre su mango.

Tembló, cerrando los ojos.

Luego oyó el golpe seco.

Volvió a temblar, esperando sentir en su cráneo el dolor de los golpes que acabarían con su vida.

No ocurrió nada de eso.

Abrió los ojos, temblorosa.

Jason yacía ante ella, boca abajo sobre la tierra blanda, inconsciente al parecer. La pala reposaba junto a él.

—¿Se encuentra bien, señora Cortland? —preguntó suavemente la voz varonil, protectora y cordial.

Miró asombrada al hombre joven y apuesto que había aparecido ante ella inesperadamente. Le vio enarbolar un objeto contundente, un grueso tronco de arbusto, con el que sin duda había abatido a Jason.

—Señor Tristram —musitó con voz apagada, temblorosa—. Usted...

—Celebro haber llegado tan a tiempo, señora —sonrió el joven escritor soltando el madero para ayudarle a incorporarse—. Ese loco parecía dispuesto a hacerla daño...

Gillian quiso responderle algo, darle las gracias. También quiso llorar. O reír. No pudo hacer nada de eso. Se desplomó sin conocimiento.

—Tome esto, querida. Le sentará bien, ya lo verá.

Creyó que había soñado, que aún estaba en su primera noche en Rosedale Abbey. Todo aparecía igual ante ella: la fonda limpia y cuidada de la señora Saint John, un fuego crepitante en una chimenea, una cama de ropas crujientes y cálidas, rostros amables inclinados sobre ella...

Miró a todos con una leve confusión en su mente. Tomó en sus manos pálidas la taza y el plato. Humeaba el caldo con grato aroma a gallina. Estaban allí el *constable* Cox, la propia señora Saint Johns, entregándole la taza de caldo, una mujer elegante, de aspecto saludable, con cabellos color de miel, y naturalmente, Roy Tristam.

Recordó de repente todo. Tuvo un repentino, instintivo gesto de temor. Tristam se inclinó rápido hacia ella y oprimió calurosamente su mano con la suya, firme y segura.

—Cálmese, señora Cortland —la dijo con dulzura—. Está bien y entre amigos.

—Dios mío, entonces todo eso fue cierto, no lo he soñado... —susurró.

—Me temo que no, querida —suspiró la señora Saint Johns gravemente, meneando la cabeza—. El señor Tristam ya nos ha contado lo que sucedió esta noche pasada. Ese hombre está rematadamente loco, deberían encerrarle en un manicomio.

Gillian no dijo nada. Sus manos temblaban al tomar la taza. Tomó un sorbo y sintió un grato calor en el estómago. La desconocida de cabellos color miel se acercó a ella, palmeando suavemente sobre las ropas de la cama, encima de sus rodillas.

—Animo, querida amiga —dijo con tono amistoso—. El *constable* Cox está aquí para hacerse cargo del asunto. Le hicimos venir para que usted pudiera denunciar a su esposo por malos tratos

e intento de agresión.

Gillian miró al policía de nariz rubicunda. Luego, a la dama a quién desconocía. Ella pareció darse cuenta de ese detalle, porque sonrió, apresurándose a presentarse.

—Perdone, querida, no sabe siquiera quién soy —dijo—. Me llamo Margo Jones y soy vieja amiga del señor Cortland y de sus dos esposas anteriores.

Margo Jones... Gillian recordó haber oído una vez ese nombre en labios de Nelly Saint John. Y recordaba también que se mencionó el hecho de que todos esperaban que fuese precisamente esa mujer quién se convirtiera en la tercera señora Cortland, y no una desconocida londinense.

—Celebro conocerla, señorita Jones. Pero no pienso denunciar a Jason.

—¿No? —El *constable* Cox enarcó las cejas, acercándose a ella—. Señora, lo ocurrido anoche es grave. Ese hombre no controla sus emociones, es un peligro para usted. Si presenta la denuncia correspondiente, podré arrestarle y usted no correrá riesgo alguno.

—El *constable* tiene razón —terció con suavidad Roy Tristam—. Debe hacer algo para evitar que se repitan hechos así. Si yo no hubiera pasado cerca de Cortland Manor a esas horas, de regreso de una visita a Kirbymoorside, y la luz de aquel farol no me hubiera atraído hacia el cementerio de los Cortland, preguntándome qué diablos podía estar ocurriendo a semejantes horas en el lugar, tal vez usted hubiese sido malherida por ese hombre. Yo no digo que Jason sea un malvado, pero sí que está enfermo y no controla sus actos. Esas dos muertes le han afectado más de lo que parece, estoy seguro ahora de ello, señora Cortland. Pero usted no debe correr riesgos por ello.

—El señor Tristam dice verdad —apoyó Cox—. Señora Cortland, en sus manos está la posibilidad de que podamos enviar a su esposo a un centro psiquiátrico donde especialistas adecuados comprueben si está en sus cabales o no.

—Lo siento, *constable* —insistió ella—. No presentaré denuncia alguna.

—Pero ¿por qué, querida? —insistió Margo Jones—. Es lo mejor para todos.

—Señorita Jones, yo soy la esposa de Jason Cortland, no usted

—manifestó con energía Gillian—. Sé lo que debo hacer como tal.

—Está bien, señora Cortland —habló Margo con repentina frialdad, irguiéndose con aire ofendido—. Entonces, no he dicho nada. Espero que se mejore pronto. Y que no se arrepienta de su decisión. Buenos días.

Abandonó la alcoba de la fonda con arrogancia. Nelly Saint John soltó una breve risita. Abajo, sonó el motor del blanco Roadster de Margo Jones cuando arrancaba.

—Eso estuvo bien, querida —aprobó la hostelera—. Puede que cometa usted un error no denunciando a su marido, pero la respuesta a esa mujer ha sido magnífica. Estoy segura de que ella recibiría gustosa cien azotes de Jason Cortland sin rechistar, si supiera que a cambio de eso se convertiría en su mujer.

—No sea mal pensada —sonrió Tristam risueño, moviendo la cabeza—. La señora Cortland va a sacar una mala impresión de nosotros, imaginando que nos gusta despellejar a los demás cuando se ausentan, Nelly.

—Bueno, tratándose de Margo Jones todo está justificado, incluso el despellejamiento —terció riendo el *constable* Cox—. No soporto a esa mujer.

—¿Realmente está enamorada de Jason? —preguntó débilmente Gillian, saboreando el sabroso caldo de gallina preparado por la fondista.

—Como una perra en celo —bromeó Nelly—. Tiene también bastante dinero. Pero al menos esta vez, Cortland no eligió una novia rica...

—Sin embargo, pareció peligrar tanto como las otras —dijo el policía, ceñudo—. Señora Cortland, ¿no va a contarnos siquiera lo que pasó anoche en el cementerio familiar?

—Nada especial. Jason fue a visitar la tumba de sus esposas. Yo le seguí, y eso no debió gustarle, es todo.

—¿Seguro que no hubo nada más? —Era Roy Tristam quién preguntaba ahora, fija su inteligente mirada en ella.

—Por completo —aseguró con énfasis Gillian, rehuyendo los ojos sagaces del joven escritor—. Supongo que tuvo un arrebato de cólera. O tal vez está realmente enfermo, no sé. Espero que él mismo me explique su conducta cuando vuelva.

—¿Piensa volver allí, querida? —Se inquietó Nelly.

—Debo hacerlo. Soy su esposa, recuérdelo.

—También lo eran Jennifer y Glenda Cortland —recordó Cox secamente—. Y ya ve cómo terminaron...

—*Constable*, está sugiriendo usted algo muy grave —señaló Gillian con sequedad—. Tengo entendido que fueron accidentes, sólo eso.

—Oh, oficialmente sí —el *constable* se encogió de hombros—. Yo nunca estuve demasiado seguro de eso, señora. Como de la muerte de Potter poco después. A ése sí que no hay duda de que lo asesinaron.

—¿Potter? —indagó Gillian, sorprendida, mirando aprensiva al policía—. ¿Quién era ese hombre?

—Mel Potter, un forastero bastante desagradable —terció Nelly Saint John—. Se alojó en mi casa. ¿Lo recuerda, señor Tristam?

—¿Cómo olvidarlo? —suspiró el escritor meneando la cabeza—. Con su gangoso acento americano, su cara repulsiva y sus malos modos... Pero todo eso no es motivo para matar a nadie.

—Sin embargo, le mataron. A poca distancia del pantano y de Cortland Manor —recitó Cox—. ¿Quién y por qué? Ah, eso nunca se supo. El tipo no parecía llevar nada de valor encima. Sin embargo, le acuchillaron horriblemente y le arrastraron hasta muy cerca del pantano. Creo que sólo el hecho de que pasara por allí en esos momentos el viejo Travis con su carruaje, hizo que el asesino no pudiera arrojarlo al pantano, borrando las huellas de su crimen.

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó Gillian con un hilo de voz, estremecida.

—Hace sólo dos meses, poco después de morir la señora Cortland. La segunda, claro —rectificó suavemente Cox—. Nunca hemos sabido nada del tal Potter ni de su asesino. No llevaba documentos encima ni nada que revelase un indicio por pequeño que fuese. Los supersticiosos del lugar, y la gente chiflada como la señorita Ventham, afirmaron que fueron los fantasmas quienes mataron a Potter, tal vez los espectros de las dos señoras Cortland...

—Ya basta, *constable* —cortó vivamente Tristam al ver la expresión angustiada de Gillian—. La señora Cortland no está en condiciones de escuchar esas macabras historias.

—Lo siento de veras —se excusó Cox humildemente—. ¿De veras no presentará denuncia?

—No, *constable*. No lo haré —sostuvo con firmeza la joven.

Cox se encogió de hombros, abandonando la estancia con un gruñido de despedida. Nelly se incorporó también con un suspiro.

—Dejemos descansar a la señora Cortland hasta que ella misma decida lo que sea —aconsejó a Tristam—. Es muy de mañana aún, puede descansar un buen rato, querida amiga.

—Sí, es mejor dejarla sola —sonrió Roy apretando de nuevo su mano con una sonrisa—. La veré más tarde, señora Cortland.

—Gracias por todo, señor Tristam —susurró ella dulcemente, mirándole a los ojos—. Nunca olvidaré lo que hizo por mí esta noche.

—Bah, no diga esas cosas, no tuvo la menor importancia —rechazó él con aire risueño—. Ahora repose. Nelly tiene razón, todavía es muy de mañana. Avisaré al doctor Talbot en cuanto lo vea, para que venga a atenderla si lo necesita.

—No, no gracias. Estoy bien. ¿Llevo todo este tiempo durmiendo aquí?

—Bueno, cuando se desvaneció, la traje a la fonda en vez de llevarla a su casa. Y Nelly le puso una inyección. Fue enfermera antes de tener la fonda, ¿sabe? Un calmante la hizo dormir todas estas horas en completa calma. Ahora siga reposando, se lo ruego.

—Estoy inquieta, preferiría volver a casa...

—Sé que está decidida a hacerlo. No puede oponerse nadie a su voluntad, después de todo. Es decisión suya. Pero yo estoy más tranquilo viéndola aquí.

—Pues deje de estarlo ya, amigo Tristam —habló Nelly Saint John, volviendo a asomar por la puerta—. Hay alguien abajo, preguntando por ella. No he podido negarle que está aquí.

—¿Cortland? —El gesto de Tristam se ensombreció.

—El mismo. ¿Qué le digo, querida? —preguntó a Gillian.

—Que bajo enseguida —musitó ella con decisión.

Roy y la hostelera se miraron en silencio con expresión de impotencia. Ninguno comentó una sola palabra.

El automóvil, un Bentley modelo 1939, de color verde oscuro, rodaba a marcha regular por el páramo, ya seco y árido como siempre. La lluvia había cesado, e incluso se abrían ligeramente las nubes grisáceas, como promesa de una cercana aparición del sol.

Ambos permanecían callados, como ausentes, distantes uno de otro. Jason Cortland conducía con mano firme, silencioso, el perfil hierático, la mirada fija en el serpenteante camino entre peñascales, abrojos y lomas áridas. A su lado, Gillian apretaba las rodillas con sus manos, mordiéndose el labio inferior de vez en cuando, con la mirada fija en la distancia.

—De veras lo siento mucho, Gillian —dijo de repente Jason.

Ella no respondió.

El motor roncó con pesadez al remontar una cuesta.

—Dije que lo siento —repitió él.

—Ya lo oí.

Otro silencio.

Jason Cortland apretó los labios. De repente pisó el freno. Se quedaron parados en medio de la cuesta. Miró a su esposa. Gillian tembló levemente, volviéndose despacio hacia él. Ambos se miraron. Algunas lágrimas se agolparon en los ojos de ella.

—Estoy enfermo, Gillian —dijo Jason con voz ronca.

—Eso no es excusa, Jason.

—Lo sé, maldición, lo sé —pegó un golpe con sus manos en el volante—. Pero es la verdad. Anoche no estaba en condiciones de razonar. Me ocurre a veces. Son crisis. Parte de mi dolencia.

—¿Qué dolencia, Jason?

—No lo sé. El doctor tampoco. Dice que no tengo nada. Pero yo me siento mal. Y por las noches tengo pesadillas. Despierto en estado de sonambulismo. Recuerdo lo que hago pero borrosamente. No soy yo. No razono. Es como flotar, como estar en trance,

dominado por algo o por alguien.

—¿Por qué o por quién, Jason? Ibas a golpearme, dijiste cosas horribles a esas pobres mujeres enterradas...

—No sé lo que hice. Pero sé que hice mal. Recuerdo que te perseguía, que iba a decirle algo, que cuando iba a arrojar la pala al suelo, alguien me golpeó...

—¿Ibas a arrojarla... o a pegarme con ella?

—Cielos, no. Eso no. Estaba fuera de mí, eso sí. Te dije cosas atroces, te asusté. Pero no te hubiera podido hacer daño alguno. Iba a tirar la pala, te lo juro, Gillian.

—Pues no lo parecía.

—¡Infiernos!, ¡he dicho la verdad! —bramó, golpeando de nuevo con rabia el volante. Luego se detuvo, al ver el instintivo gesto de repliegue de Gillian con cara asustada—. Perdona. Perdona otra vez. Soy brusco, lo sé. Incluso violento. Pero aún lo he sido más últimamente. Me he vuelto irritable, agresivo. Y no sé la razón. Esto data de hace tiempo. Desde que murió Jennifer. No sé si el hecho de que mis dos esposas hayan muerto por la noche, me hace obrar así en las horas nocturnas. Es como si algo diabólico me poseyera, Gillian.

Tenga cuidado de la noche, amiga mía...

Recordó Gillian esas palabras. Las había pronunciado Hylda Ventham, la espiritista. Y había añadido algo más:

En la noche se liberan las fuerzas del mal... Poderes oscuros dominan a los humanos... Los pasos de los muertos resuenan en el silencio, en la oscuridad... acercando a los entes malignos a nosotros. Guárdese de todo ello...

—¿Me escuchas, Gillian? —apremió él con voz ronca.

—Sí, claro —musitó débilmente la muchacha—. No sé qué decirte, no entiendo nada yo tampoco. Pero algo te sucede, Jason. Estás enfermo, muy enfermo...

—Puede que sí. El doctor asegura que estoy sano, que no hay motivo para temer nada, que son los nervios... Pero yo sé que hay algo más, no sé el qué...

Gillian seguía recordando frases de Hylda Ventham:

Jennifer y Glenda Cortland. Murieron por la noche... Ahora, sus almas vagan por el páramo buscando paz. O tal vez venganza... Sus pasos suenan en la noche, cerca de nosotros... Por algo será, amiga

mía...

—Gillian, yo *no maté* a mis esposas. Lo juro.

Se estremeció violentamente. Dejó de pensar en las palabras oscuras e inquietantes de la espiritista. Miró a su esposo. La confesión había sido brusca, repentina.

—Yo no he dicho eso, Jason —habló con tono sosegado.

—Pero yo sí. Necesito descargar mi conciencia, Gillian. Engañé a todas. Te engaño a ti. Me acuesto con esa zorra viciosa de Sarah, lo sabes.

—Por favor, Jason...

—Lo siento. Debo decirlo todo como es. Soy egoísta, duro, posesivo. Me casé con ellas por ambición, por dinero. No las amaba. Pero ellas a mí tampoco. Yo era su capricho. Me deseaban, tanto como yo el dinero de ellas. Soy despreciable. Siempre lo he sido. No sólo Roscoe lo era.

—¿Roscoe? ¿Quién es Roscoe?

—Mi hermanastro.

—Creí que no tenías familia...

—Y no la tengo. Eso era hace años, muchos años. Cuando ambos éramos niños. Yo era el mimado de mis padres. El buen chico, el espejo de virtudes. Y Roscoe, el torcido, el torpe, el malvado. Se equivocaron todos. Puede que de niños él fuese más cruel que yo, que matara pájaros a sangre fría, torturándolos, que incluso robara o engañara, que intentara violar a una niña de ocho años teniendo ya él trece... Roscoe nunca fue bueno. Pero yo tampoco. Ninguno lo fuimos.

—¿Qué fue de él?

—Delinquiró siendo muy joven, a los diecinueve años. Un homicidio. Escapó a América. De otro modo, hubiera sido ahorcado. Allí vivió con nombre supuesto, llegué a saber que formó parte de bandas de *gangsters* en Chicago, en los años veinte. Luego, le mataron en una refriega de *racketeers*, a tiro limpio. Le cosieron a balazos en un garaje, luego volaron el local con su cadáver y el de sus compinches de banda. Tuvo un mal final, pobre Roscoe. Pero me pregunto si yo mereceré otro mejor. Sin embargo, no las maté. Juro que no lo hice.

—Jason, ¿sufrías ya de esas dolencias al casarte con Jennifer? —preguntó suavemente Gillian.

—Empezaron a poco de casarnos. Yo la culpaba a ella de mis crisis nerviosas. Nunca he sabido si tuve razón.

—¿Siguieron con Glenda?

—Sí. Ya nunca me han dejado. Son dos largos años así, Gillian. Y va a peor, lo siento, lo sé. Tal vez esté loco, diga lo que diga mi amigo, el doctor Talbot.

—El doctor Talbot... Me gustaría hablar con él de tu caso, Jason. Él la miró con fijeza. Puso el coche en marcha de nuevo.

—Le llamaré en cuanto lleguemos a casa —prometió—. Gracias por volver conmigo. Gracias por no denunciarme, Gillian.

—Sólo hago lo que debo hacer como esposa tuya, Jason. Quiero creer en ti. Pero no sé aún qué pensar. Espero no cometer un error al obrar así.

—No lo cometes, querida. Te aseguro que nunca más te causaré daño o temor.

Aceleró al enfilar la bajada, hacia Cortland Manor, visible ya en la distancia. Gillian no despegó más los labios durante el viaje a través del páramo.

—No, señora Cortland. Jason no está loco. Eso puedo garantizarlo.

—Pero entonces, doctor Talbot, ¿qué le ocurre exactamente?

El vecino de los Cortland suspiró, paseando por el jardín con las manos a la espalda. Era un hombre de aspecto afable, rechoncho y no muy alto, de cabellos blancos, patillas frondosas, rostro colorado y lentes de pinza sobre una nariz halconada. Vestía chaqueta a cuadros, de mezclilla, y pantalones bombachos, con calcetines de rombos, a la moda. Una gorra de visera de cheviot también cubría su cabeza nevada.

—Mi querida señora, le he hecho varios exámenes, y siempre resultaron igual: su mente razona normalmente, no sufre otra cosa que desequilibrios psíquicos periódicos. Tiene pesadillas, a veces actúa como un sonámbulo, y resulta muy excitable, pero eso es todo. Creo que someterle a un examen psiquiátrico no sería conveniente en absoluto.

—Pero hay que hacer algo para curarle, doctor.

—Creo que usted es la única persona en el mundo que puede

hacer tal cosa.

—¿Yo? —Ella se detuvo en su paseo, mirándole con sorpresa—. ¿Cómo, doctor?

—Con afecto, con cariño. Con auténtico amor, señora. Algo que él nunca tuvo.

—Dos mujeres jóvenes, hermosas y ricas se casaron con él antes que yo.

—Pero ellas no le amaban. Él fue su capricho y lo sabe. La primera señora Cortland, Jennifer, era una mujer fría, caprichosa pero insensible. Se propuso cazar a un hombre considerado el más arrogante y apetecido por las hembras de la comarca, y lo logró. Nunca fueron felices.

»Después, Glenda fue todo lo contrario: apasionada hasta la ninfomanía, viciosa y posesiva, pero sólo deseando el amor carnal, nada espiritual o afectivo. Jason acabó harto de ella.

»Fueron dos matrimonios equivocados, pero que le volvieron a convertir en un hombre rico. Sin embargo, le causaron mucho daño psíquica y emocionalmente. Las muertes violentas de ambas, contribuyeron a esa alteración nerviosa de su esposo. La encuesta en los dos casos fue difícil y penosa. La gente llegó a escupirle en su cara que era un asesino, que él les había matado.

—¿Y usted qué piensa al respecto, doctor?

Ian Talbot se quedó mirándola largamente, con ojos entornados, sorprendido evidentemente de tan directa pregunta.

—Mi querida señora Cortland, yo no sólo fui el médico forense en ambos casos, sino que soy también el *coroner* de esta comarca —dijo con tono grave—. Como tal, mi veredicto fue el de «muerte accidental» en ambos casos, aunque tal vez en el de Glenda pudo haber suicidio. No se demostró otra cosa, obré honestamente en todo, ¿no me cree?

—Sí, doctor, le creo —suspiró la joven—. Al menos, quiero creerle.

—Hágalo, se lo aconsejo —el viejo médico apretó el brazo de ella con mano firme—. No le falle ahora a Jason. Ayúdele cuanto pueda. Si no lo hace así, él puede derrumbarse totalmente en cualquier momento. Y entonces tal vez nada tendría ya remedio.

—¿Se refiere a que podría... volverse realmente loco? —Los ojos oscuros y vivos de Gillian brillaban excitados.

—Me refiero a que el futuro de Jason Cortland, y tal vez su propia vida, esté ahora en sus manos, señora. Lo demás, sólo usted podrá saberlo, créame.

—¿Acaso no sabe que Jason tiene relaciones íntimas con otra mujer bajo este mismo techo, doctor?

Talbot afirmó gravemente con la cabeza. Tuvo una sonrisa amarga.

—Sarah Hunter —dijo—. Lo sabemos casi todos. Eso data de hace tiempo. Sarah es su válvula de escape. Todo hombre necesita una. Tendrá que resolver eso también, si quiere que ambos lleguen a ser felices alguna vez.

—Felices... —musitó Gillian con dolor—. ¿Se puede ser feliz con alguien a quién se teme, doctor Talbot?

El médico la contempló en silencio, preocupado. Su frente amplia se cubrió de arrugas.

—Sólo si realmente le ama dejará de temerle —sentenció—. Si no es así... vale más que le deje solo, señora Cortland.

Sarah Hunter se paró en seco ante la puerta de la alcoba de Jason Cortland.

—Déjeme pasar, señora —pidió fríamente—. Es una infusión para el señor.

—Lo siento, Sarah —cortó con frialdad Gillian—. Yo sé la pasaré.

—Eso va contra las normas de la casa, señora. Siempre soy yo quien le sirve la infusión.

—Pues las normas van a cambiar aquí desde hoy —sostuvo la joven esposa con firmeza—. Deme la taza, Sarah. Es una orden. Yo soy la señora Cortland.

—Lo lamento, señora —el tono de la criada se hizo cortante. Sus ojos miraron con rabia a la muchacha—. Yo sólo recibo órdenes del señor.

Gillian le disparó una bofetada. Seca, restalló su mano en la mejilla de la sirvienta. Ella retrocedió, lívida, con un destello de cólera y rabia en sus ojos.

—¡Señora! —gritó—. ¡No se atreverá...!

—Ya me atreví —dijo con calma Gillian—. Márchese. Mi marido no la necesita esta noche. Yo soy su esposa y le serviré la infusión. Si él quiere acostarse con usted, ya la llamará cuando yo no me entere. Buenas noches, Sarah.

—Si mañana no me pide usted disculpas por esto ante el señor Cortland, señora, me despediré de esta casa para siempre —silabeó Sarah, demudada—. Dígaselo así al señor. Yo sé lo repetiré más tarde, por si acaso.

—Descuide, Sarah. Se lo diré. Creo que puede ir preparando sus cosas. No pienso disculparme por nada. Y menos ante usted.

Ella dio media vuelta, furiosa. Se alejó, murmurando obscenidades entre dientes. Gillian sonrió duramente, tomando la

taza de infusión de un mueble donde la dejara Sarah Hunter en el pasillo, y entró con ella en el dormitorio de Jason.

Él la miró desde la cama, donde reposaba, algo pálido, demacrado el anguloso rostro varonil.

—¿Qué sucedía ahí fuera, Gillian? —preguntó débilmente.

—He abofeteado a Sarah por irrespetuosa. Y he insistido en traerte yo esta taza. Si no me disculpas ante ti y ante ella mañana, se marchará de esta casa.

—Tal vez sea lo mejor que pudo ocurrir —suspiró Jason, afirmando con la cabeza—. Que se vaya. Debí hacer algo así antes de ahora. Tal vez Glenda debió hacerlo, pero ella disfrutaba con todo eso, gozaba sabiéndome acostado con otra. Creo que incluso hubiera deseado compartir el lecho con los dos. O sólo con Sarah. Era una depravada.

—Lo sé. ¿Y Jennifer? —Le puso la taza en las manos tras remover el azúcar.

—A ésa le daba igual todo. Yo no le importaba nada. Se iba a sus fiestas, dejándome en la cama con ella. Lamentaba haberse casado conmigo una vez satisfecho su capricho.

—Entiendo. Tómame eso y descansa. Naturalmente, si llamas a Sarah durante la noche, no puedo objetar nada. Sólo somos matrimonio en apariencia, como un contrato. Pero pedías a alguien que cuidara de ti, y yo acepté ese trato. Lo cumpliré, Jason.

—Gracias, Gillian. Buenas noches —empezó a tomar su infusión.

—Buenas noches, Jason —le respondió ella, camino de la salida.

—Gillian, querida... —llamó él con un susurro.

—¿Sí? —Se estremeció la joven, volviendo la cabeza y parándose en seco.

—No, nada. Mañana hablaremos. Descansa ya también tú, lo necesitas.

—Sí, querido. Hasta mañana —suspiró Gillian, abandonando la alcoba.

Regresó a su dormitorio. Se acostó. No concilió el sueño inicialmente. Pudo oír los jadeos y murmullos de Jason durante sus pesadillas nocturnas. Se agitó inquieta en el lecho.

Cuando se hizo el silencio en la alcoba vecina, supo que esta noche, por el momento, su marido no iba a iniciar ninguna otra correría nocturna por la mansión.

Se dispuso a dormir apaciblemente. Y entonces oyó los roces abajo, justo bajo su ventana...

—Tal vez el viento... —pensó, estremeciéndose levemente—. Hay un arbusto ahí, las ramas rozan la pared...

Cerró los ojos e intentó conciliar el sueño.

Entonces sonó la risa.

Aquella misma risa hueca, escalofriante, que oyera la noche antes, durante el apagón, antes de ver a la calavera viviente tras la vidriera...

Salto de la cama, sobrecogida por el miedo pero llena de valor y decisión por otro lado, acaso por el grito indómito de su sangre escocesa en las venas.

Corrió a la ventana.

La visión del exterior fue escalofriante. Una vez más, el horror sacudió todo su ser, conmoviendo hasta las más íntimas vísceras de su cuerpo. Por un momento, pensó que volvía a ver alucinaciones.

Pero no era una alucinación. Era real. Pudo contemplarlo, trémula, aferrada a la cortina de la ventana, la mirada fija en la neblina que la noche húmeda y sin lluvia había extendido por el jardín, difuminando sus contornos. Era la calavera viviente.

Otra vez allí, ante ella, mirándola con ojos negros y vacíos, donde sólo había cuencas desnudas en una faz huesuda y blanquecina, que parecía suspendida mágica, diabólicamente, en el mismo vacío de la noche y de la bruma. Flotaba en el jardín sombrío, dotada de una leve fosforescencia, como un fuego fatuo de cementerio que prestaba a la faz cadavérica matices fantasmagóricos.

Aquella visión de ultratumba se movió entre la espesura, como algo sobrenatural, llegado desde el mundo de los muertos. Jirones de ropas putrefactas flotaban en torno suyo, cubriendo acaso un cuerpo tan descarnado y huesudo como su cráneo pelado.

—Dios mío, no... —gimió Gillian—. Es demasiado horrible para ser real... Los muertos no salen de sus tumbas...

Pero como un eco siniestro, en su cerebro retumbó la frase inquietante de Hylde Ventham:

Los pasos de los muertos resuenan en el silencio, en la oscuridad... Sus pasos suenan cerca de nosotros... Tenga cuidado con la noche, amiga mía...

La noche. Los muertos... Y aquella calavera flotando en la sombra, moviéndose fantasmal en la bruma de los páramos, dentro de Cortland Manor...

De repente, dejó de verla.

Un cloqueo maligno retumbó en los dédalos de setos y arbustos del jardín. Era su risa. La risa de la muerte. Tal vez la carcajada de una boca descarnada, en perenne risa macabra.

Gillian respiró hondo. Estaba fría, demudada. Temblaban sus manos. Pero sentía dentro de sí una extraña decisión, una profunda voluntad que pugnaba por sobreponerse al pánico, por vencer el horror de la visión de ultratumba.

Decidida, casi dominada por una voluntad superior a la suya propia, abrió la ventana. Ni siquiera la fría ráfaga húmeda del exterior, el roce viscoso de la bruma nocturna, logró conmoverla. Alargó una mano, tomó su chaqueta de lana colgada de la percha. Se la echó encima. Y salvó el alféizar de la ventana, mientras una mancha fosforescente, entre los setos, parecía marcar el alejamiento de la visión macabra.

En pie sobre la cornisa de piedra que corría bajo su ventana, midió la corta distancia hasta las ramas del árbol que casi rozaba los cristales de su habitación. Tomó impulso. Saltó.

Su cuerpo frágil, liviano, salvó la distancia sin problemas. Sus manos aferraron varias ramas fuertes y flexibles. Colgó del árbol, en la niebla, entre una serie de crujidos del arbusto. Pero éste no cedió. Con agilidad, la joven logró encoger sus piernas semidesnudas, apoyando los pies en una rama más gruesa. Desde allí, bajar al suelo del jardín fue cosa sencilla.

Posó sus pies descalzos en la grava húmeda.

Sigilosa, sin producir el más leve ruido, corrió agazapada en pos de la visión cadavérica. Vislumbró borrosamente su fosforescencia, perdiéndose en el laberinto verde del jardín, a alguna distancia.

—Si eres un fantasma, te seguiré hasta la tumba —musitó ella—. Y si todo esto es un fraude, lo descubriré hoy mismo.

Estaba llena de decisión, de un valor surgido tal vez de su propio miedo. Era una mujer valiente y estaba demostrándoselo ahora a sí misma. Agazapada siempre, se movió entre setos, macizos de flores y arbustos, descubriendo con cierto pavor que los pasos de la calavera viviente conducían de forma inexorable al lugar que más

temía: el cementerio familiar de los Cortland.

Rodeó la casa, siempre con el punto de referencia de aquella difusa fosforescencia en la distancia, ante ella. Y emprendió el conocido camino hacia el camposanto.

Pero pronto comprobó que tampoco el pequeño cementerio era el destino de la espantosa criatura de la noche. Aquel cuerpo envuelto en harapos, con cráneo cadavérico, se movía hacia un lugar más lejano y sombrío, hacia alguna parte en la bruma.

Los pantanos.

Gillian, demudada, comprendió que ésa era la ruta que seguía la calavera. Los pantanos donde hallara la muerte Glenda Cortland tres meses atrás. Jason lo había dicho al mencionar ella las ropas del espectro: Glenda. Ella llevaba esas ropas la trágica noche de su muerte: una bufanda verde, un chaquetón de cuadros oscuros...

Y sus palabras, sus horribles palabras en el cementerio, ante la tumba de su segunda esposa:

—¡Tú, Glenda, odiosa mujer, arde en los infiernos, pero no vuelvas para atormentarnos a todos!

¿Era ella, realmente? ¿Era Glenda Cortland quién volvía desde más allá de la vida, para recordarle a su marido tal vez un horrendo crimen nunca purgado?

Estaba dispuesta a llegar al fondo del misterio. Por eso, pese al pánico que la invadía, seguía moviéndose en pos de aquel espectro, siguiendo los pasos de un ser de ultratumba en su camino de regreso a la región de la muerte.

Los pantanos debían de estar cerca. El aire se había tornado fétido y húmedo, la bruma aumentaba constantemente de espesor, parecía algo sólido y reptante, enroscándose en torno a sus piernas heladas, adhiriéndose a sus ropas mojadas, azotando su rostro trémulo con la caricia viscosa de su gélida fealdad.

Ya no le era posible ver la fosforescencia macabra de la calavera. Sólo podía escuchar el roce de unas pisadas, el movimiento de un ser sobre el terreno blando y fangoso.

Se detuvo, aterrada. Ella desconocía aquellas regiones. ¿Y si daba un paso en falso y se introducía en el barro movedizo, en el horror absorbente del marjal?

De súbito, en alguna parte, sonó delante de ella un chillido escalofriante. Miró en torno, tratando en vano de ver algo en la

bruma densa. Alargó una mano, y casi gritó al sentir un contacto nudoso y frío. De inmediato comprendió que había rozado un arbusto, el tronco sarmentoso de algún árbol raquítrico y retorcido. Se aferró a él, angustiada, mientras el grito se repetía, todavía más horrible.

—¿Qué sucede ahora? —gimió—. ¿Qué está pasando aquí? Ese grito es de mujer... Tal vez Glenda grita desde el fondo del pantano, pidiendo ayuda... como aquella noche fatídica en que halló la muerte...

Pese a lo espeluznante de la situación, Gillian demostró tener un valor rayano en la temeridad. Siguió adelante, tanteando el terreno, aferrándose siempre a algo sólido, pisando primero para comprobar la firmeza del suelo que recorría.

Los gritos de mujer habían cesado. Pero el silencio reinante no le gustaba mucho más que aquellos alaridos que hablaban de terror, de angustia, tal vez de agonía, de muerte...

Siguió avanzando paso a paso. De repente casi tropezó. Estuvo a punto de caer. Había tropezado con algo tendido en el suelo, ante ella. Se inclinó, tras un instante de sobresalto e indecisión. Recordó que llevaba un pequeño encendedor en un bolsillo de su amplia chaqueta de lana. Lo extrajo, dispuesta a ver qué era aquel bulto que sentía rozando sus pies. Tuvo que probar varias veces antes de que la gasolina se prendiera en el mechero, dando una débil llama que protegió con su mano para que el aire no la apagara.

Despavorida, fue ella ahora quien emitió un prolongado grito de supremo terror. Retrocedió, tambaleante, mientras contemplaba aquella figura humana tendida en el barro, no lejos de la orilla de una charca fétida, de barro cubierto de brumas vaporosas, sin duda uno de los temibles pantanos donde se podía uno hundir sin remedio posible.

Era un ser humano lo que yacía a sus pies.

Un ser bañado en sangre, con los ojos desorbitados, la boca convulsa, el horror impreso en su faz. Un corte profundo hendía su cuello, de oreja a oreja. Otro había hecho surgir raudales de sangre entre sus pechos semidesnudos.

Porque la víctima de aquel horrible crimen era una mujer.

Gillian Cortland pudo identificarla sin duda alguna, antes de que una ráfaga helada apagase su encendedor, obligándola a dar media

vuelta y huir a todo correr, emitiendo chillidos de espanto.

Era Sarah Hunter, la doncella y concubina de Jason Cortland.

El *constable* Clifford Cox husmeó el aire, como si en él pudiera haber una pista escondida para su fino olfato de sabueso.

—Esos pantanos están malditos. El yermo también lo está. Primero fue la señora Cortland. Luego, Mel Potter, el americano. Y ahora, Sarah Hunter. Dos asesinatos y un accidente o un suicidio... si es que no fue otra cosa.

Jason Cortland se limitó a mirarle fríamente desde su rostro, tirante y pálido aquella gélida mañana levemente soleada, tras una noche de niebla densa y alta humedad. No objetó nada a las insinuantes palabras del policía.

—Sólo que esta vez, alguien ha visto realmente un fantasma antes de hallar el cadáver —terció con tono grave el doctor Talbot mirando a Gillian—. Porque supongo que insiste usted en que su historia es cierta, ¿no, señora Cortland?

—En efecto, doctor. No estoy loca ni veo visiones —afirmó tajante la joven—. Puedo jurar que seguí a una calavera viviente que deambulaba por los jardines, bajo la alcoba. La seguí hasta el pantano. Y encontré a Sarah sin vida.

—Nunca debiste hacer eso, Gillian —avisó su marido en ese punto—. Pudiste haberte internado en la zona pantanosa sin remedio. Fue una locura.

—También parece una locura seguir a una calavera que anda, Jason —terció con sequedad Roy Tristam—. Y su esposa lo hizo valerosamente, ella sola y sin ayuda.

—No se meta en esto, Roy —replicó con acritud Cortland mirando con cara de pocos amigos al escritor—. Ni siquiera sé por qué le permito estar aquí.

—Perdone, señor Cortland, pero el señor Tristam vino conmigo —terció el *constable*—. Estábamos todos preocupados por el estado de su esposa, tras denunciarnos anoche, en el estado en que lo hizo,

el hallazgo del cadáver de Sarah Hunter. ¿Es que usted no vio ni oyó nada en toda la noche, al permitir que su esposa fuera sola en pos de esa aparición?

—No, nada —dijo de mala gana Cortland—. Estaba mal. Tomé una infusión y un sedante. Me quedé profundamente dormido. Siento que mi esposa se arriesgara tanto sin yo saberlo.

—Bien, señor Cortland. Su doncella ha sido asesinada. ¿No tiene ninguna idea sobre el posible culpable de tal crimen?

—Ni la más mínima. Nunca vino nadie a verla aquí, ni nos habló de amistad suya alguna. Supongo que tendrá que investigarlo en otra parte, señor Cox.

—He preguntado a Edwards, el mayordomo, pero él tampoco sabe gran cosa de las costumbres de Sarah... salvo lo que mucha gente en Rosedale Abbey ya conoce de ella —dijo ahora Cox, mirando significativamente al dueño de la casa.

—Hable claro, *constable* —cortó éste con arrogancia—. Mi esposa también sabe que Sarah y yo manteníamos relaciones íntimas desde hacía dos años. Pero si eso le hace sugerir la posibilidad de que yo matara a mi doncella en un arranque pasional, está en un error. Yo dormía aquí profundamente cuando alguien debió acuchillar a mi doncella en las proximidades del pantano, no lejos de donde estaba mi mujer, ya que ella comprobó al hallarla que las heridas eran recientes y sangraba copiosamente, sin señal alguna de coagulación.

—Así es —afirmó Gillian con voz apagada.

—Puedo confirmar que mataron a Sarah sobre el momento en que la señora Cortland ha descrito su hallazgo —aseveró ahora el doctor Talbot—. Su muerte ocurrió entre once y doce de esta misma noche. Las manchas de sangre en la ropa interior de la señora Cortland, indican que todavía le salpicó en su hemorragia.

—Ahora se podrá hablar en este lugar de venganza de ultratumba y todo eso —señaló Cortland con sarcasmo—. La posibilidad de que mis esposas difuntas salieran de sus sepulcros para destruir a quién fue amante de su marido, correrá de boca en boca sin duda, para placer de charlatanes y supersticiosos de Rosedale Abbey.

—No bromea con estas cosas, señor Cortland —rogó seriamente Cox—. Se trata de un crimen horrible. Creo que la misma mano que

mató a Mel Potter hace meses, acabó esta noche con su criada en los pantanos, historias de fantasmas aparte.

—Yo vi a ese esqueleto viviente —insistió Gillian—. Pero no podría asegurar que fue él quien atacó a Sarah.

—Un cuchillo no parece tampoco el arma idónea para un asesino salido de la tumba —señaló gravemente Tristam—. Esto tiene todas las trazas de un crimen vulgar, un simple y sórdido acto criminal como cualquier otro, leyendas aparte.

—Por una vez estamos de acuerdo, Roy —dijo con ironía Cortland—. Lástima que no pueda aprovechar hechos semejantes para un buen libro sobre venganzas de ultratumba y todo eso, ¿verdad?

—Esto no es una novela ni una fantasía, Jason. Es un hecho real, horrible. Como lo fue la muerte de ese forastero llamado Potter. O como los accidentes desgraciados de sus esposas.

—Vaya, menos mal que no menciona esos hechos como asesinatos —se mofó Jason—. Es lo que afirma aquí todo el mundo, ¿no es cierto, Roy?

—Sabe que yo nunca dije eso. Ni pensé en utilizar mi amistad de antes con usted para escribir libelo alguno sobre su experiencia y su tragedia familiar.

—Es posible que estuviera equivocado con usted, pero sigo sin considerarle mi amigo. Ahora se preocupa en exceso por mi esposa. ¿Por qué, Roy?

—Muy sencillo, Jason —la voz de Tristam se tornó ahora enérgica, decidida—. Porque si ya dos señoras Cortland han encontrado la muerte aquí en sólo dos años, he considerado prudente velar un poco por la tercera, antes de que pueda repetirse fatalmente un hecho similar.

Cortland no dijo nada. Sus oscuros ojos brillaron, hostiles. Se limitó a encajar las mandíbulas e, incorporándose, se encaminó a la escalera, dando por terminada su entrevista con los visitantes aquella mañana.

—Si me necesita para algo, *constable*, estaré arriba, en mi estudio —dijo secamente—. ¿Vienes conmigo, Gillian?

—Iré enseguida, Jason. Mientras, serviré de anfitriona a nuestros visitantes, si no te importa.

Él nada objetó a eso, limitándose a subir con larga zancada,

desapareciendo arriba. Roy se volvió de inmediato hacia la joven. La tomó por un brazo.

—Señora Cortland, debería irse de aquí. Alojarse en el pueblo o volver a Londres —expuso—. Cualquiera cosa menos permanecer bajo este techo un día más.

—¿Por qué habría de hacer eso, señor Tristram? —sonrió débilmente Gillian.

—Porque puede peligrar aquí. Ya ha visto lo ocurrido: apareció un fantasma, mataron a Sarah Hunter... Este lugar está maldito. Hay algo nefasto en él. Casi puede intuirse, palpase en el ambiente.

—Estamos de acuerdo en eso —suspiró ella—. Pero mi deber me exige quedarme, pese a todo. Y es lo que haré, no lo dude. De todos modos, gracias por el consejo, Roy.

—Señora Cortland, déjeme que la ayude... —rogó Tristram, gratamente impresionado al sentirse llamar por su nombre de pila.

—Si vamos a ser amigos, llámeme mejor Gillian, simplemente —pidió ella, poniendo ahora su mano en el brazo de él—. Insisto, me quedo aquí. Pero si necesitara ayuda suya, Roy, acudiría a usted, no dude. Sé que puedo confiar en su persona.

—Total e incondicionalmente, Gillian —murmuró él, camino de la salida, mirándola con intensidad—. Nunca olvide eso.

—No lo olvidaré, descuide. Hasta siempre, amigo mío.

—Hasta siempre, Gillian... querida amiga —susurró el joven escritor besando su mano cálidamente, antes de abandonar la casa.

Gillian le vio partir en su carruaje de caballos, rumbo a Rosedale Abbey. Cox, entre tanto, charlaba con el doctor Talbot y con Edwards, el mayordomo. Los ojos de la joven se fijaron luego en la vecina casa de Hylde Ventham.

Y una idea repentina asaltó su mente.

—Oh, sea bienvenida a mi casa, querida amiga —saludó Hylde Ventham calurosamente, con grandes aspavientos—. Precisamente llega en el momento adecuado. Vamos a iniciar una sesión de espiritismo una buena amiga y yo. ¿Desea participar en ella?

—Pues sí, sería interesante hacerlo. Nunca estuve antes en una de esas sesiones, señorita Ventham —confesó Gillian, entrando en la casa de la estrafularia vecina.

Se quedó algo cortada al ver dentro del gabinete a Margo Jones, la que fuera amiga de las dos primeras señoras Cortland y aspirante número uno al tercer esponsal de Jason hasta que ella llegó a Rosedale Abbey.

Pero si alguna tirantez existía entre ellas desde su primer encuentro en la fonda de Nelly Saint John, la rubia dama fingió ignorarla, porque fue a su encuentro con toda cordialidad, extendiendo sus brazos amistosamente.

—Oh, mi querida amiga Gillian, celebro verla de nuevo —saludó con una efusividad que a la joven esposa se le antojó hipócrita—. Celebro verla esta tarde por aquí. He sabido lo ocurrido anoche en los pantanos. No se habla de otra cosa en Rosedale Abbey. Debió de ser espantoso, mi querida y pobre amiga... Es usted de lo más valiente que he conocido, la verdad...

—Todo fue imprevisto, señorita Jones —se excusó ella con sencillez—. Creo que ni yo misma sabía a ciencia cierta lo que hacía al perseguir a aquel espectro.

—Increíble, querida, increíble —ponderó enfática la señorita Ventham—. ¡La primera vez que una persona de crédito confiesa ver un fantasma moviéndose por ahí! Yo siempre lo dije, pero nadie quiso hacerme caso, pobres ignorantes y escépticos...

Pudo ver que había un velador en medio de la estancia, de los de superficie redonda y sólo tres patas. Los ideales para utilizar en una sesión espiritista. Los muros estaban decorados con las más heterogéneas y horribles cosas que se podían imaginar: carátulas, grabados antiguos representando aquelarres y escenas irreales sobre fantasmagoría, símbolos de religiones esotéricas, amuletos, e incluso estanterías con animales disecados: un mochuelo, un gato y un murciélago. Varios gatos, estos llenos de vida, deambulaban por la sala o dormían perezosamente entre cojines.

La hicieron sentar al velador, junto con la dueña de la casa y la visitante señorita Jones, tras servirle un té. Gillian rechazó las pastas, y la sesión espiritista comenzó de inmediato, después de cerrar Hylda Ventham las contraventanas de todo el gabinete, dejando este sumido en la penumbra que sólo una débil lamparilla, junto al gato disecado, alteraba tenuemente con matices amarillentos y fantasmales.

La joven esposa de Cortland no pudo evitar cierto inquieto

nerviosismo cuando la voz aguda de la anfitriona comenzó a llamar a las fuerzas de lo intangible para que acudieran a su demanda. Observó de soslayo a Margo Jones y notó que ésta parecía realmente en trance, como si todo aquello la convenciese profundamente.

Pese a su propio escepticismo, Gillian se sentía incómoda allí, sintiendo el roce de los dedos de las otras dos mujeres en los suyos, formada la cadena sobre el velador, todavía inmóvil por completo.

De repente, se sobresaltó al golpear las patas en el suelo por dos veces, agitándose el velador en un principio de levitación.

La señorita Ventham musitó:

—Hay alguien aquí... Han acudido a mi llamada. Espíritu, manifiéstate. Si estás aquí para hablar, para decirnos algo, da dos golpes más con el velador.

La mesa respondió de inmediato: toc, toc. Dos golpes. Gillian seguía escéptica.

—Tú que vienes del mundo de los espíritus, quienquiera que seas, dinos ahora si hay algo en este lugar que tenga relación contigo o con otro espíritu cualquiera que no pueda descansar en paz. Da tres golpes si fuese así.

Toc, toc, toc. La respuesta era afirmativa.

Margo Jones respiraba con fuerza, cerrados los ojos. Hylde Ventham apretaba los labios, su saltona mirada fija en el vacío.

—Dime, espíritu... ¿eres alguien relacionado con las personas de esta comarca? La respuesta afirmativa será siempre de dos golpes. Y uno sólo la negativa.

Dos golpes secos. Gillian notó que la mesa parecía volar.

—¿Quién eres? ¿Te conocemos nosotras?

Una respuesta afirmativa otra vez, pero algo débil, dubitativa esta vez.

—¿Eres alguna de las señoras Cortland? —La pregunta puso rígida a Gillian.

Un solo golpe. Negativo. Gillian humedeció sus labios, muy tensa.

—¿Quién, entonces? —jadeó Hylde—. ¿Sarah Hunter acaso?

Gillian esperó, casi angustiada. No le hubiera gustado saber que el espíritu de la criada de Jason estaba allí ahora. Respiró aliviada al sentir un golpe solamente.

—Entonces, no comprendo... —fue el murmullo de la anfitriona—. Habrá que deletrear tu nombre mediante golpes...

—¿Eres *Mel Potter*?

La mesa se alzó rotunda. Descargó dos tremendos golpes en el suelo. Luego quedó tambaleante sobre una sola pata, ante el estupor de Gillian.

La pregunta había partido de Margo Jones, virtualmente en trance. Lo más horrible ocurrió de inmediato, para pasmo de la joven.

Margo abrió la boca. Sus labios modularon palabras. Pero con una voz ronca, varonil, gangosa y áspera, como si *alguien* hablara por ella desde su interior:

—Soy Mel Potter, sí. No puedo descansar. Me fui en pecado mortal y mi alma deambula sin descanso eterno por los páramos y los pantanos.

Un escalofrío agitó a Gillian. La experiencia resultaba desagradable y sobrepasaba en mucho lo que ella había esperado de su visita a Hylda Ventham.

—Eres tú, Potter... —La dueña de la casa habló, fanatizada, dilatados sus ojos ante lo positivo del experimento—. Dime, amigo, ¿qué podemos hacer por ti?

—Descubrir a mi asesino. Hacer justicia...

Su acento era indudablemente americano. El de un hombre, además, de baja condición social, pensó Gillian de inmediato. Resultaba espeluznante oír surgir aquella voz de labios de Margo Jones, que respiraba profundamente, sumida en aquel trance.

—¿Puedes decirnos quién te mató, Potter, para que sea castigado? —La pregunta la hacía Hylda.

—Sí, puedo hacerlo —dijo el espíritu a través de Margo.

—Te escuchamos. Di su nombre. Procuraremos que seas vengado y puedas así descansar más tranquilo, Mel Potter.

—Mi asesino mató ya a otras personas antes. Y sigue matando.

—¿Otras personas? —La mirada de Hylda se cruzó con la asustada de Gillian—. ¿A quiénes, Potter, a quiénes?

—A mujeres. Dos mujeres. Tres, ahora. Otro espíritu en pena se une a los nuestros en demanda de paz...

—Tres mujeres... —susurró Hylda, mientras Gillian temblaba—. ¿Quiénes, Potter? ¿Quiénes son ellas?

—Jennifer... Glenda... y Sarah.

Gillian tragó saliva. Le temblaban las manos violentamente. También la dueña de la casa parecía sobrecogida esta vez, como si la sesión estuviera sobrepasando en mucho sus expectativas previas.

—¿Por qué viniste aquí, Potter? Tú no eres de este país.

—No, no lo soy. Vine a buscar a un hombre.

—¿A quién?

—A mi asesino.

—Entiendo. Y él te mató en el páramo.

—Sí. Me mató sin piedad. Pido venganza. Necesito descanso.

—Su nombre, Potter. Queremos su nombre —insistió Hylda, nerviosa.

El espíritu vaciló. Luego, los labios de Margo pronunciaron el temido nombre que Gillian jamás hubiera deseado oír:

—*Cortland*... Él fue mi asesino.

Un gato cruzó entre sus piernas en ese punto, rozándola con su pelo erizado, cargado sin duda de electricidad.

Gillian estalló. Se rompieron sus nervios.

Gritó. Aguda, largamente.

Margo Jones pegó un respingo en su asiento, dilatando los ojos, como si despertara bruscamente de un mal sueño.

Hylda miró aturdida a su visitante.

Gillian se incorporó, casi derribando la mesa, y salió disparada del gabinete y de la casa de la espiritista. Un gato bufó, mirándola con ojos amarillos e impenetrables.

—Se arruinó todo, querida —musitó amargamente Hylda, mirando a Margo.

—¿Qué... qué ha sucedido? —quiso saber la otra con su voz normal.

—Algo terrible y maravilloso a la vez, querida —suspiró Hylda—. Se lo explicaré enseguida. El espíritu se ha ido ya, pero sus respuestas quedan... y es comprensible la impresión que ha sufrido esa pobre muchacha...

Fue a abrir las contraventanas y miró al exterior.

Gillian Cortland cruzaba el páramo a todo correr, en dirección a la mansión de su esposo.

Empezaba a sentir miedo de la noche. Temía la llegada de las sombras.

Pero éstas siempre llegan cuando el sol se oculta tras el horizonte. Así, una nueva noche cayó sobre Cortland Manor. Jason se disculpó de bajar a cenar. Estaba muy cansado y prefería dormir.

Gillian cenó sola, servida por el silencioso y sombrío Edwards, en una atmósfera densa y agobiante. No es que tuviera demasiado apetito, pero sabía que necesitaba ingerir algún alimento para sentirse menos débil y cansada.

Después de tomar un breve refrigerio, se encaminó a la cocina, donde el buen mayordomo hacía apuradamente las veces de cocinero en ausencia de Sarah Hunter. Le preguntó a éste:

—¿Sabe dónde está la infusión que solía preparar Sarah al señor, Edwards? Voy a subirle una taza cuando vaya a dormir.

—En la alacena, señora. Creo que en la primera repisa de arriba. Es donde ella solía poner esas cosas.

Gillian agradeció la indicación y penetró en la despensa inmediata a la cocina, para abrir la alacena mencionada por Edwards. Encontró fácilmente una caja de lata con infusiones diversas. Y entre ellas, un sobre de papel con un polvillo blanco dentro, que ignoraba lo que pudiera ser. Humedeció el dedo y lo empapó de aquel polvillo, probándolo. Resultó ser algo dulzón, pero de un sabor indefinido. Meneó la cabeza, sin entender, pero guardó el sobre en un bolsillo, utilizando solamente un sobre de infusión y azúcar para preparar la taza correspondiente.

—Mañana iré al pueblo y pediré al farmacéutico que analice esto —se dijo—. No entiendo qué hace esta sustancia entre las infusiones para Jason...

Subió a servirle la bebida caliente a Jason. Lo encontró profundamente dormido, y no se decidió a despertarle. Dejó la taza

sobre la mesilla, encaminándose a su propia alcoba.

No se acostó. No pensaba hacerlo esta noche. En vez de eso, se sentó al borde de la cama, dejando junto a sí su abrigo y un gorro de lana. También una linterna que se había procurado esa noche en la casa. Estaba dispuesta a esperar lo que fuese. Si Jason se levantaba esta vez en sueños, le seguiría adecuadamente hasta donde fuese. Estaba decidida a aclarar de una vez por todas el misterio de Cortland Manor.

No tuvo que esperar mucho, desgraciadamente. Ella hubiera deseado poder acostarse y dormir, ante la ausencia de actividad por parte de su marido. Pero Jason empezó a jadear y hablar en sueños cosa de una hora más tarde.

Escuchó, pegada a la pared. Algunas frases pronunciadas por aquella voz varonil, bien timbrada, que ahora en vez de autoritaria sonaba angustiada, lograron inquietarla:

—No, no, marchaos... Marchaos todas... Yo no quiero veros aquí. Malditas seáis todas vosotras... No, tú no, Sarah... Tú no. Ya era suficiente pesadilla para que ahora vengas tú también... ¡Vete, Sarah, vete, zorra maldita!

Luego, crujidos del lecho, jadeos, incluso gritos roncós. Y de repente, pasos. Las pisadas de Jason, camino de la salida. Como la noche aquélla. Como siempre, al parecer.

No pensaba detenerle. Pero sí ir en pos de él. Tomó su abrigo y gorro. Se los puso, empuñando la linterna. Salió al corredor.

Jason ya bajaba la escalera. Siempre sin volverse, rígido, como sonámbulo. Fue tras él. Resuelta, como siempre. Más valerosa que nunca, tras la horrible experiencia vívida la noche anterior en los pantanos.

Se repetían los hechos con obsesiva insistencia. El vestíbulo, la puerta, el exterior... Sólo que esta noche había estrellas en el cielo, entre jirones nubosos. Un vago resplandor espectral iluminaba el jardín, en contraste con el vaho brumoso que se vislumbraba sobre el yermo y, especialmente, allá en los pantanos.

Su marido caminaba ya entre los setos. Ni una vez giraba la cabeza. Gillian esta vez no calzaba chinelas, sino unas polainas abotonadas. La suela y el tacón de goma no producían ruido en la grava.

El cementerio familiar volvió a quedar atrás, sin que Jason se

dignara dedicarle una sola mirada. Gillian se estremeció. Era el pantano. Otra vez el pantano el que atraía a Jason. Como una obsesión macabra. Como si la voz de los muertos le llamara.

La caminata fue larga y lenta. La neblina ocultó el resplandor de las estrellas, empezando a envolverles. Esta vez, Jason no se detuvo hasta llegar al borde mismo de una de las fétidas charcas de barro movedizo, entre arbustos viscosos y lúgubres.

De repente, extrajo algo de entre sus ropas. Había escasísima claridad, pero la suficiente para que Gillian descubriera, con horror, lo que esgrimía Jason en ese instante.

Era un cuchillo. Un enorme, largo cuchillo de cocina.

Contuvo el aliento, y dominó su ansia de gritar. Agazapada tras un matorral, siguió observando, demudada, a su esposo.

Cortland, cuchillo en mano, avanzó hacia la orilla pantanosa con gesto resuelto, rígido todo su cuerpo.

Se agachó. Hurgó entre los matorrales. Y, de repente, Gillian advirtió que extraía de ellos un montón de oscuros harapos... y una calavera.

Le oyó lanzar un aullido de cólera. Arrojó todo eso a tierra, a sus pies. Luego, pateó el cráneo humano y los trapos. No contento con eso, dilatados sus ojos, espumeantes de rabia sus labios, se inclinó y comenzó a acuchillar una y otra vez las ropas. Luego, el acero golpeó lúgubremente en el hueso descarnado del cráneo.

Gillian estaba tan nerviosa, que apretaba fuertemente la linterna. Tanto, que su dedo presionó sin querer el botón de la luz... y un chorro de claridad blanca cayó sobre Jason, envolviéndole en su resplandor.

El señor de Cortland Manor lanzó un alarido inhumano, llevándose una mano al rostro para protegerlo de la luz. Su otra mano apretaba con furia el mango del enorme cuchillo.

—¡Tú otra vez! —rugió, descubriendo a Gillian linterna en mano, despavorida—. ¡Tú, odiosa entrometida! ¡Te mataré! ¡Juro que te mataré para que nunca más me persigas!

Y se precipitó hacia ella, esgrimiendo la hoja de acero, que destelló siniestramente al ser herida por la luz de la linterna.

Ésta huyó de manos de Gillian, rodando encendida por el suelo, y alumbrando de modo violento y extraño la terrible escena. Las brumas se enroscaron como serpientes de humo en torno a la luz. Las

pisadas de Jason, precipitadas, iban directas hacia Gillian.

Ésta ni se movió, petrificada por el terror. Miraba con horror infinito a su marido, temiendo que allí había terminado su aventura. Pronto su alma iría a reunirse con la de los otros cuatro seres que deambulaban sin paz por el páramo.

De repente, sonó un estampido seco, agrio.

Jason se paró bruscamente. Exhaló un grito ronco. Se llevó la mano al pecho, repentinamente enrojecido. Osciló hacia adelante, con ojos dilatados. De su mano huyó el arma. La hoja de acero se clavó de punta en la tierra blanda.

—Jason... No... —susurró completamente aterrada la joven.

Él la miró con ojos vidriosos. Luego, se derrumbó de bruces, hundiendo el rostro convulso en la tierra. La sangre empapaba la mano que acababa de aferrarse a la herida. Quedó inmóvil, tendido no lejos de la orilla del pantano, de la calavera grotescamente tétrica que yacía entre ropas acuchilladas...

Le preguntaron:

—Gillian, ¿se encuentra bien?

Aquella voz. Ella se volvió, estremecida. Corrió hacia el hombre que emergía de la niebla, revólver en mano.

—¡Roy, Roy! —gritó patética—. ¡Gracias a Dios, es usted!

Se aferró a él, le abrazó con fuerza. El joven escritor la rodeó con sus brazos protectores.

—Sí, Gillian, querida amiga, soy yo —dijo él roncamente—. Esta vez no era casual que estuviera por aquí. Vigilaba, alguien tenía que hacerlo, por si le ocurría algo. Me alegra haberlo hecho. Sólo Dios sabe lo que hubiera sido capaz de hacerle a usted ese loco.

—Le ha matado... ¡Le ha matado, Roy!

—Posiblemente. Es mejor eso que verla morir a usted, como a los demás. La señorita Jones me contó lo de esta tarde en casa de Hylda Ventham. Era lo que me faltaba para temer por usted. Venga conmigo, vamos a casa, al pueblo. Informaremos de todo esto al *constable*. No puede permanecer usted ni un momento más aquí.

Se dejó llevar, sollozando, hasta el caballo de Tristam, parado no lejos de allí. El regreso al pueblo se hizo a todo galope, con ambos en la silla.

—No ha sido posible, Gillian. El *constable* y los voluntarios del pueblo que se le unieron, no han podido dar con su esposo. En el lugar donde él cayó, sólo había una mancha de sangre.

—Dios mío... —Gillian dejó de tomar la infusión caliente, cubriéndose el rostro con ambas manos—. Tal vez se arrastró... y fue hacia el pantano, hundiéndose en él.

—Cabe en lo posible —admitió gravemente Tristam, sentándose frente a ella en su despacho repleto de papeles, volúmenes y legajos—. Pero también puede ocurrir que, herido, haya ido a ocultarse a alguna parte. En su casa, según Edwards, tampoco está. La han registrado, pero siempre es posible que ese fiel sirviente haya ocultado a su amo herido en algún escondrijo que la gente ignora.

—Preferiría saber que sigue con vida —musitó la joven, temblorosa.

—¿Por qué? —Tristam la miró con seriedad—. Mientras él siga vivo, usted peligra. Está loco, rematadamente loco. Esa sesión de espiritismo no es ninguna prueba, pero si realmente se puede uno comunicar con los muertos, las palabras de ese Mel Potter serían muy reveladoras, ¿no? Además, está la agresión que intentó con usted, la muerte violenta de Sarah... Cox está ahora seguro de su culpa. Y todos los del pueblo. Sólo respiraré tranquilo cuando sepa que está entre rejas... o muerto.

Gillian suspiró, bajando la cabeza.

—Tal vez tenga razón —musitó débilmente—. Pero es mi esposo, Roy...

—No, no es su esposo. Es un enfermo que necesita seguir matando. Por eso concertó con usted esa farsa matrimonial absurda. No quería una mujer para cuidarle, sino una víctima más a quién asesinar. Es una obsesión insana, una demencia homicida.

—¿Cree que me encontraría aquí, en su casa, Roy?

—No, no lo creo. Además, este edificio es sólido, seguro. Y sólo yo tengo llaves de sus puertas, nada tema —miró su reloj—. Ahora debo dejarla unos minutos, a menos que quiera venir conmigo a la oficina de la policía local y pasar otro mal rato.

—¿Aquí... sola? —De repente, el miedo volvió a hacer presa en ella.

—No, no será casi nada. Cox me ha citado para que firme mi declaración completa sobre lo sucedido esta noche en los pantanos.

Va a telegrafiar a Scotland Yard pidiendo ayuda para resolver el caso, y necesita ese documento. En menos de un cuarto de hora estaré seguramente de vuelta. Cerraré con llave al irme. Así nadie vendrá a molestarla, Gillian.

—Aun así, tengo mucho miedo... Estoy asustada, Roy.

—Es natural que así sea —sonrió él suavemente, acariciando sus cabellos oscuros, aún mojados por la humedad viscosa de los pantanos—. Confíe en mí. Aquí, nadie va a causarle daño, esté segura.

Salió de la casa.

Gillian oyó girar la llave en la puerta del despacho y abajo, en la puerta de la calle. Se sintió mejor. La ventana tenía los postigos atrancados. Aquel sólido edificio ofrecía seguridad.

Roy Tristam también.

Paseó por la estancia. Vio varios volúmenes alineados en un estante. Obras de Roy Tristam. Sonrió. Eran relatos de viajes, aventuras y leyendas. Hojeó alguno de aquellos libros. Un estilo fluido y fácil. Cautivadores descripciones de lejanos lugares. O de otros más próximos, como Londres, París o Roma, cuando no Nueva York o Chicago.

Algunos databan de bastante tiempo atrás, editados en 1925. Roy debió ser un escritor muy precoz, juzgó Gillian, dejando de husmear en su obra literaria.

Pasó los dedos sobre el teclado de su máquina de escribir, una *Underwood* de modelo reciente. Había folios mecanografiados, cubiertos de correcciones.

Siguió paseando por la estancia repleta de papeles, el santuario del joven escritor. Todo aquello la distraía, haciéndola olvidar cosas más oscuras y horribles.

Repasó los legajos sobre la mesa. Documentación para los relatos a escribir. Había más legajos semejantes en un estante algo polvoriento. Los revisó, curiosa. Se detuvo ante uno de ellos, situado debajo de todos. Su título la sedujo, aunque le provocó un escalofrío:

Caso de Cortland Manor.

Al menos en eso sí tuvo razón Jason. Su amigo Roy pensaba escribir algo sobre su mundo, allí había acumulado información, sin

duda alguna. Abrió la carpeta, aunque le repugnaba la idea de husmear en las cosas de Tristam. Era una atracción malsana, curiosidad morbosa por saber qué cosas, a juicio de Tristam, tenían interés para su futura historia sobre Cortland y su mundo.

Había recortes de periódicos locales. Relativos a las muertes accidentales de Jennifer y Glenda Cortland. También otro sobre el hallazgo del cadáver de Mel Potter. Una copia del veredicto del *coroner*, el doctor Talbot, sobre ambas esposas fallecidas, tras la encuesta sobre los hechos. Roy era muy minucioso. Lo archivaba todo.

Al fin, entre otros recortes y copias, encontró un sobre dirigido al propio Tristam. No llevaba sello, lo cual indicaba que había sido entregado en propia mano. No debía seguir curioseando, pensó, dejando el sobre tras tocarlo.

El natural impulso femenino se sobrepuso a todo. De nuevo cogió el sobre. Comprobó que estaba abierto. Contenía varias hojas de papel. Lo abrió resuelta, sacando esas hojas.

Estaban escritas a mano, apresuradamente. La letra era tosca. Había errores ortográficos y giros de la lengua inglesa nada ortodoxos, así a simple vista. Empezaba de un modo raro la misiva:

Querido Roy... si prefieres que te llame así.

Buscó la última página. Leyó la firma. Y tembló de pies a cabeza:

Mel Potter.

—Potter... —musitó—. ¿Qué tenía que decirle ese hombre a Roy? ¿Por qué empieza así la carta?

Ya no podía resistir su curiosidad. Por nada del mundo hubiera dejado de leer aquella carta. Y lo hizo.

Querido Roy... si prefieres que te llame así: Ya he llegado. Estoy en Rosedale Abbey, este viejo y aburrido villorrio. No se parece en nada a Chicago, ¿verdad, amigo? Aquello es otro mundo. Pero imagino que eso no querrás recordarlo ahora. Es más cómodo esto, ¿no te parece? Una vida nueva, un nombre nuevo... ¿Quién va a acordarse

ahora de un viejo gángster muerto en un garaje y quemado en él después? ¿Quién puede pensar en este apacible lugar, qué el joven y arrogante Roy Tristam no es tan joven como la cirugía plástica del doctor McCoy pueda hacer parecer, tras cambiarte el rostro, después de la fingida muerte de Roscoe Cortland en Chicago aquel día? También liquidaste luego al viejo cirujano, ¿verdad? Así no quedaban huellas de tu cambio de identidad, de tu nuevo y joven rostro atractivo.

El hermanastro difunto de Jason Cortland, de vuelta a Inglaterra. Nadie lo imaginará. Yo sí imaginaba algo así, aunque me costó dar con tú rastro. No, no temas, no vengo a descubrir tu juego, amiguito. Sólo que quiero mi parte. Después de todo, siempre fuimos buenos compinches, ¿no? Claro que supongo que fuiste tú quien me vendió a los federales en aquel alijo de licor, pero eso fue hace años, pelillos a la mar, Roy. Diablos, prefiero llamarte Roscoe, amigo.

Ya sabes: eres rico ahora. Rico, gracias a esas pobres esposas a las que asesinaste tan astutamente como en ti es norma. Ni Jason sospecha que su hermanastro seas tú. McCoy hizo algo grande con tu cara, chico. Ya sé lo que vas a decirme: tú no tienes un penique. Tonterías, ambos sabemos bien tu juego. Asesinaste a las mujeres de Jason. Otro día, cuidadosamente, le matarás a él, fingiendo un suicidio o un accidente. Entonces sacarás pruebas contundentes de que tú eres Roscoe Cortland, su hermanastro. Y, por tanto, el heredero legal de Jason.

Jugada maestra, ¿eh? Como todas las tuyas, Roscoe. Siempre fuiste un genio en esto del crimen. Que tu amiguita Sarah, tu amante inglesa, esté allí de criada, es otro detalle genial. ¿Qué está haciendo con su patrón, aparte de seducirle con sus encantos? ¿Drogarle con algo, para que el pobre diablo de tu hermanastro se vaya volviendo loco paulatinamente, y acabe suicidándose sin que tú intervengas para nada en ello? Admito que es una jugada maestra más.

Ya sabes, Roscoe. No pediré mucho. Sólo una parte de

beneficios. Te espero mañana por la noche junto a los pantanos, en el páramo. No faltes. A eso de las once de la noche. Sería malo para ti pretender burlarme. Mel Potter puede ser un mal enemigo, tú lo sabes.

*Hasta mañana, Roscoe. Tu amigo de siempre:
Mel Potter.*

—Dios mío... —sollozó ella, estrujando la terrible carta en sus manos—. Roy... ¡Es Roy el asesino! Roscoe, el hermanastro de Jason... Y Sarah, su cómplice. El polvo blanco, la infusión de cada noche... El sonambulismo y las crisis provocadas... Por eso el doctor Talbot no veía nada anormal... Y el espíritu de Potter dijo la verdad hoy... Mencionó a su asesino: Cortland. No le dejé decir el nombre: Roscoe. Roscoe Cortland, el *otro* Cortland dado por muerto... Roy parece joven, pero tiene ya casi cuarenta años. La cirugía plástica, el Chicago de los años veinte... Todo encaja ahora. Él mató a Sarah cuando supo que ya no podría ayudarle dentro de la casa... Ella debía ser la calavera para asustarme, para enloquecer a Jason... ¡Oh, mi pobre esposo! Y Roy le ha matado esta noche a sangre fría...

Se detuvo de repente. Supo que no estaba sola. Alzó la cabeza. Emitió un grito de terror.

Roy Tristam estaba ante ella, en la puerta, llave en mano, mirándola. Ya no había ternura ni proteccionismo en sus ojos. Eran duros, fríos, acerados, crueles.

—Qué gran estupidez la mía —musitó roncamente—. Olvidé que esa carta estaba tan cerca de ti, que eras mujer y podías curiosear... Lo siento, querida Gillian. Lo siento mucho por ti. Esto no entraba en mis planes, pero...

Fue rápido hacia ella. Gillian chilló. Quiso huir. No pudo.

Roy Tristam golpeó su cabeza con la culata del revólver.

Ella se desplomó fulminada a sus pies.

La bruma se enroscaba en las piernas del hombre cargado con el cuerpo exánime de la mujer. Los ojos dilatados de horror de su víctima, se clavaban en el paisaje de pesadilla, desolado y lúgubre. En alguna parte cantó una lechuza. Mal augurio, según los supersticiosos.

La muerte rondaba cerca. Muy cerca.

Era su muerte. Gillian lo sabía, mientras su verdugo, Roy Tristam, el afable y apuesto Roy Tristam, en realidad Roscoe Cortland, la llevaba en brazos hacia el pantano, atada de muñecas y tobillos, con la boca fuertemente amordazada.

—Me hubiera gustado compartir contigo mi fortuna próxima —decía roncamente Roy en esos momentos, a escasa distancia ya de la charca hedionda de barro mortal—. Eres hermosa, dulce, turbadora, Gillian querida. Pero demasiado curiosa, demasiado lista. Tengo que acabar contigo como acabé con los demás: Jennifer, a quién arrojé desde la planta alta de la casa de Jason aquel bloque de piedra desprendido por sí mismo, en plena noche, aplastándole el cráneo. Luego acabé con Glenda, que era mi amante, ignorando mi parentesco real con su marido. Aquella fulana era una zorra miserable. Bien mereció ser sepultada en ese mismo fango donde voy a hundirte a ti ahora. Luego le tocó el turno a Mel. El pobre y necio Mel Potter, que se creía tan listo... Ni se esperaba que mi pago fuese a cuchillada limpia cuando nos encontramos en estas proximidades, pobre diablo. Y, finalmente, Sarah. Ella os asustaba con las ropas y la calavera fosforescente. Adquirí esa calavera a un médico amigo en Londres. Me ha sido muy útil, bañada en una sustancia luminosa. Como ves, nada de difuntos, espectros ni fantasmas vengadores. Todo pura farsa. Los muertos nunca vuelven de sus tumbas. Nunca, Gillian. Se pudren en ellas por el resto de los siglos.

Se detuvo. Estaba ya ante el fango burbujeante, tenebroso y voraz. Helechos colgantes, pegajosos y fríos, rozaron el rostro lívido de la infortunada joven. Forcejeó en brazos de su verdugo, estérilmente sin lograr desprenderse.

Roy Tristam se echó a reír.

—Es inútil todo, cariño. Tú misma tuviste la culpa. Nunca debiste leer aquella carta. A mí me gusta guardarlo todo, archivar las cosas que conforman mi propia vida y mi historia personal. También poseo legajos sobre el Chicago que conocí tan joven, al huir de Inglaterra y mezclarme con los pistoleros de Cícero. Mientras pueda, no destruiré nada de eso. Pero procuraré que nadie más haga lo que tú. No cometeré el error de dejar a nadie solo en mi despacho, al alcance de mis cosas personales... Ahora, querida amiga, adiós para siempre. Será una muerte rápida, sin dolor. Sólo unos instantes de angustia, de ahogo... y el fin. Adiós, Gillian, pequeña curiosa...

Tomó impulso para arrojarla al pantano. Gillian trató de gritar. Sólo un ahogado rumor sonó bajo su mordaza.

Y, de repente, la sombra surgió de la oscuridad, entre los helechos, precipitándose sobre ellos. Unas manos vigorosas arrancaron a Gillian de los brazos de Roy. La arrojaron a tierra, lejos del fango asesino, al otro lado de la orilla mortífera.

Un rugido de ira escapó de labios de Tristam. Se revolvió, cuando una de aquellas manos le aferró la garganta furiosamente.

—¡Jason! —aulló el asesino—. ¡Tú, aún, maldito seas...!

Jason Cortland, con la camisa empapada de rojo oscuro, lívido hasta parecer surgir de la muerte, pero con sus últimas fuerzas en aquel afán, forcejeó con su hermanastro, ambos al borde mismo del pantano, en una lucha fratricida y terrible.

—Tristam... —Silabeó el herido señor de Cortland Manor sin dejar de sujetar el cuello de su adversario—. Tenías que ser tú, lo sospechaba... Tú, asesino...

—Debí rematarte antes, no dejarte con vida... —Silabeó rabioso Roscoe Cortland, recuperando sus fuerzas tras la sorpresa, contra el extenuado hermanastro—. No, no soy Roy Tristam, hermanito. Soy Roscoe, tu querido y olvidado Roscoe, ¿entiendes?

—¡Roscoe! ¡No, no puede ser...! —jadeó Jason.

Y en ese punto, dominado por la sorpresa de la tremenda

revelación, hizo justamente lo que el astuto adversario esperaba de él: ceder en la violencia de su acoso.

Ese instante de debilidad perdió a Jason.

Roscoe se rehízo, se soltó de su presa, y atacó a su vez, empezando a empujar inexorablemente a Jason hacia el pantano.

La lucha se hizo desesperada. Jason había perdido mucha sangre, se debilitaba por momentos, y los ojos aterrados de Gillian observaban que el esfuerzo titánico de su esposo por salvarle la vida, iba a ser totalmente inútil.

—Ahora te reunirás con tus malditas esposas, Jason —masculló Roscoe—. Y eso significará que soy rico. ¡Yo heredaré tu fortuna, miserable idiota!

En ese punto, tomó todo su impulso, se soltó de las manos de Jason y empujó a éste con violencia hacia la muerte cierta.

Un macabro azar jugó contra el asesino en ese instante, de modo imprevisible. Al precipitarse sobre Jason para lanzarle al marjal, su pie tropezó con algo. Era una forma oval, blanquecina amarillenta, descarnada...

La calavera.

La misma calavera que usaba Sarah para atemorizar a los habitantes de Cortland Manor. La misma calavera que golpeará esa noche Jason enfurecido... La calavera propiedad de Roscoe.

Resbaló, trompicando en aquel obstáculo inesperado. Eso, al borde del pantano, era peligroso. Muy peligroso.

Quiso aferrarse a los helechos. No pudo. Sus dedos se cerraron en el vacío. Cayó atrás, al pantano. Un alarido brotó de su garganta al pasar junto a Jason sin llegar a empujarle como pretendiera. La calavera rodó entre sus pies, hasta el borde mismo del fango hirviente. Roscoe se fue a la superficie movediza, donde chapoteó, lejos de todo arbusto al que aferrarse.

—¡Favor! —aulló—. ¡Socorredme! ¡No puedo morir así! ¡Soy tu hermano, Jason, sálvame...!

Demudado, Jason lo intentó. Alargó su brazo, acurrucado junto a la orilla. Sus dedos no llegaban por poco hasta los de su hermanastro. Su esfuerzo casi le hizo caer. Se agarró de nuevo a otro helecho, mientras Roscoe comenzaba a hundirse inexorablemente en la tumba movediza.

—Roscoe... Hermano... —susurró Jason—. ¿Por qué... por qué

tanta maldad, Dios mío?

—Ayúdame, hermano... Tiran de mí... Es como si me agarraran bajo este barro horrible —sollozó Roscoe, crispado, agitando sus manos con desesperación en el vacío—. Son ellos... Malditos sean, son ellos... los muertos... que me atraen hacia su oscuridad... Dios... Dios, no puedo... Me hunde... Me llevan consigo... Me... llevan...

Jason lo intentó una vez más.

Era inútil.

Faltaba cosa de media yarda para alcanzar la mano del caído. Tal vez ni así le hubiera salvado, sino que ambos se hubieran hundido en el barro.

Se oyeron ladridos cercanos, voces de hombres, pisadas. El yermo se pobló de lucecitas. Jason, tambaleante, sudoroso, sangrando de nuevo por su herida, se arrastró hasta Gillian, la quitó la mordaza, jadeando roncamente:

—Gillian, cariño... Tenía que salvarte... Te amo demasiado... para ver que ese canalla acababa contigo... Perdón... Estaba como loco. Ahora empiezo a recobrarme...

—Lo sé —sollozó Gillian—. Lo sé, Jason... Era la infusión, la droga de Sarah... Ahora lo sé todo.

—¡Aquí, aquí! —gritó Jason a los que se aproximaban—. ¡Mi hermano se hunde, por Dios!

Aparecieron el *constable* Cox y varios vecinos, armados todos ellos. Rodearon con agresividad a Cortland. Otros acudieron al pantano a salvar al que se hundía. Pero ya solamente un brazo de Roscoe asomaba fuera, crispada la mano en patético esfuerzo final. Luego, se hundió en medio de una sorda burbuja.

La tragedia había terminado.

—Bien, Cortland, le cogimos al fin —habló Cox, satisfecho.

—No, *constable* —terció Gillian—. Él es inocente. Me salvó la vida. Era Tristam. Roy Tristam... El asesino era él. Se llamaba en realidad Roscoe Cortland... Les llevaré a su casa, leerán una carta de Mel Potter, donde todo se aclara, *constable*... ¡Le amo de todo corazón, le amé desde que le vi por primera vez!

—¡Gillian, criatura mía! —musitó emocionado Jason. La abrazó contra sí, con un sollozo de emoción—. Gillian, mi vida... Intentaré hacerte todo lo feliz que mereces...

—Vamos, Jason, no haga más esfuerzos. Está malherido, ha sangrado mucho —dijo Cox, perplejo—. Si lo que su esposa dice es cierto, parece que al fin se ha hecho justicia...

—Sí —susurró Gillian, mirando al pantano, ya sin rastro de Roscoe y luego a la calavera en la orilla—. Se ha hecho justicia. Los muertos han cobrado su pieza. Ellos ya están vengados... y tal vez descansen ahora en paz...

FIN

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

